

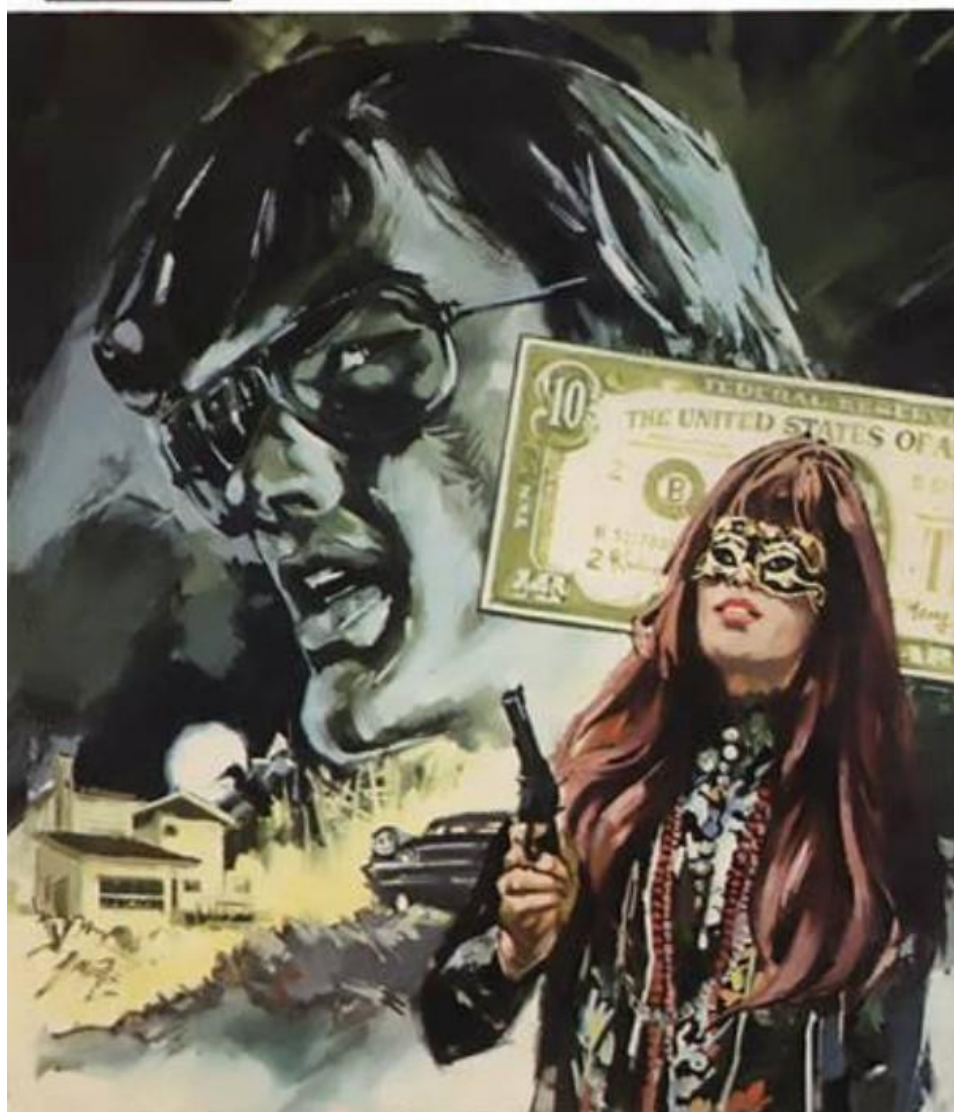
BOLETEROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

la noche de la furia

cliff bradley



LA NOCHE DE LA FURIA

SS Nº 1172

Autor: Cliff Bradley

ISBN: 9788402416612

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

RICH TRANT detuvo su coche convertible delante de la oficina del sheriff de Ocean City, apeándose sin prisas. Sabíase observado al menos por media docena de personas.

Ocean City era una de esas pequeñas poblaciones costeras del Pacífico, que gozan de mucha animación durante los meses veraniegos, y el resto del año vegetan en una pacífica semisomnolencia. Demasiado pequeña para tener verdaderos problemas, sus habitantes no debían añorar, al respecto, los ruidosos días veraniegos.

Uno de los hombres que estaba observándole era agente local, a juzgar por la insignia prendida en su chaleco de cuero. Joven, de duras facciones, le examinó con suspicacia y contestó brusco a su saludo.

—¿Qué busca aquí?

—Al sheriff, si es usted. Tengo que formalizar una denuncia.

—¿Qué clase de denuncia?

—Se la diré al sheriff... Si es usted, pero en su despacho.

El tipo aquél pareció ir a tomarlo por la tremenda; pero debió pensarlo mejor, y le ordenó pasar al interior. Trant se dijo que ya había hecho un enemigo.

El sheriff local no se parecía a su subordinado. Hombre maduro, de aspecto cansado y escasos cabellos, miró con fijeza al recién llegado y escuchó el bronco informe del agente, inquirendo luego con parsimonia:

—¿Qué tiene usted que denunciar?

—Me llamo Richard Trant y soy agente de seguros, trabajo para

la Intercontinental. Estoy realizando un recorrido de inspección por todo el norte de esta zona —dijo Trant, sacando y tendiéndole su credencial—. Hace como hora y media un par de individuos me tendieron una trampa, al sur de aquí.

—¿Qué clase de trampa? —se habían animado los ojos oscuros del sheriff. Su ayudante escuchaba atento, también.

—Bueno, por mi profesión, soy muy suspicaz, puede comprenderlo. Cuando vi a aquella pareja, uno tirado en la carretera, el otro arrodillado y haciendo como que le ayudaba, mientras un automóvil bastante usado aparecía atravesado de tal modo en la carretera que había que chocar contra él o atropellarles a ellos, me dije que la cosa no estaba clara. El arrodillado se puso a hacerme señas; pero en vez de obedecerle me desvié y empujé al coche presuntamente averiado, abriéndome camino y alejándome.

—¿Y a eso le llama una trampa? —le cortó lucientemente el ayudante—. Yo lo llamaría omisión deliberada de ayuda a un accidentado.

—Si vienen a examinar mi coche, descubrirán las huellas de dos balazos en la carrocería. Uno astilló el cristal de la ventanilla trasera. El tipo que me hacía señas y el «accidentado» sacaron sus armas y me dispararon cuando pasaba por su lado.

El sheriff ya estaba alzándose de su asiento con cara impasible.

—Vamos a ver eso —dijo. Y salieron los tres.

Trant les mostró primero el orificio de bala hacia la parte de atrás de la capota metálica articulada. Luego, alzó despacio el cristal de la ventanilla trasera derecha, astillado por un proyectil.

—Me falló por poco —aseguró con la misma voz calmosa—. Si no les hubiera tomado por sorpresa, con mi acción, a estas horas estaría muerto y desvalijado.

Los policías no hicieron comentarios. El sheriff examinó atentamente ambos orificios, luego miró a Trant de reojo.

—Describame el lugar donde sucedió y todo lo demás.

—En la carretera local 382, unas dos millas antes de llegar a la Nacional 43. Un lugar bastante boscoso, después de una curva ligeramente cerrada, poco antes de un puente sobre un arroyo.

—Eso es Big Pine Creek. ¿Cómo eran sus agresores?

—Jóvenes y de aspecto vulgar. El que estaba tendido me

pareció bastante rubio, el otro era moreno. Ambos llevaban *blue jeans*... Ah, sí, leí las placas del coche. California CBX-8975. Fue una de esas cosas casuales, en tales circunstancias.

—Iré con usted a ese lugar. Jolly, encárgate de la oficina.

Al agente no pareció agradecerle la orden.

—Puedo ir yo...

—Yo lo haré. Vamos, Trant.

Poco después, ambos abandonaban la población en el vehículo policial. Y apenas se vieron en campo libre, el sheriff esbozó una sonrisa sin alegría, diciendo despacio:

—Buen trabajo, el suyo.

—Espero que sí. Ese ayudante de usted se quedó disgustado.

—Jolly me tiene mucho más disgustado de lo que convendría y me satisface.

—¿Algo concreto contra él?

—Nada que guarde relación con lo que le trae a usted aquí, pero... En fin, vamos al grano. ¿Cree que lo conseguirá?

—Es mi tarea. Y para conseguirlo me han enviado.

—Otros lo han intentado, sin ninguna suerte. Yo mismo fracasé.

—Lo sé.

—A decir verdad, casi he llegado a creer que seguimos una pista falsa. Ni el más mínimo indicio se ha logrado encontrar.

—Pero dos agentes de la policía del Estado, uno de sus ayudantes y otro de mis camaradas han sufrido sendos accidentes mortales en esa área, durante los últimos seis meses, mientras, justamente, investigaban ese asunto de la moneda falsa.

—Es lo que me ha hecho ponerlo en manos de ustedes. ¿Tienen alguna pista? Cuando recibí el aviso de su llegada, y la contraseña para reconocerle, me pareció un poco..., no sé, de novela policíaca.

—Créame, soy un apasionado lector de novelas policíacas. Se aprende de ellas.

—Si usted lo dice...

—Tenemos este caso como prueba. Desde hace tiempo, un gang está introduciendo en el país billetes del Banco federal de cinco, diez y veinte dólares, los más usados y, por tanto, más difícilmente identificables. Es posible que en estos momentos pasen de diez millones los falsificados y colocados por toda la nación...

—¿Tantos?

—Puede que más, Pero sólo hace catorce meses que las autoridades competentes se enteraron. Todo lo que se ha logrado averiguar, desde entonces, es que entran por algún lugar situado en alguna parte del litoral del Pacífico, y luego son distribuidos por medio de una digamos agencia de cambio y bolsa, en cantidades minúsculas y mezclados con billetes legítimos. Hemos atrapado a dos o tres docenas de personas con billetes falsos de esas denominaciones, pero todos pudieron probar su total inocencia. Y lo que es peor, en varios casos descubrimos que los habían recibido en la ventanilla de pagos de un Banco o como parte de su sueldo en la empresa donde trabajaban. ¿Sabe lo que eso significa?

—No tengo mucha idea, la verdad. Pero no me gusta.

—Le gustará menos cuando lo sepa. Toda la información que hemos podido reunir hasta el momento apunta a que no nos hallamos ante una falsificación vulgar y corriente, sino ante una maniobra política.

—¿Cómo?

—Como lo oye. Patrocinada por una gran potencia asiática, contra el crédito internacional de nuestra moneda.

El sheriff silbó, excitado.

—Creí que era un asunto corriente...

—Pues no lo es. Para comenzar, las planchas utilizadas por los falsificadores son legítimas, aunque desechadas por desgaste. Fueron robadas por empleados de la Tesorería, uno al menos de los cuales reside en China actualmente. Expertos chinos han reparado esas planchas con tal precisión, que actualmente no podemos distinguir los billetes fabricados por ellos de los legítimos, ni aun recurriendo a las pruebas corrientes. Sólo el hecho de la duplicidad de números nos ha permitido averiguar la existencia de la falsificación.

—Creí que había sistemas electrónicos...

—También ellos los tienen. Y expertos de primera fila, alguno de los cuales incluso trabajó durante años en nuestra Tesorería, como diseñador. Conocen todos nuestros secretos de fabricación, adquirir, o fabricarlo directamente, el mismo papel, las mismas tintas..., todo. Sólo por inducción hemos calculado el límite del comienzo de esas falsificaciones e igual nos sucede con su monto.

Pueden ser diez, veinte..., o cincuenta millones de dólares los que hoy día existen en circulación. Ya han sido recogidos más de dos millones, y eso que no podemos actuar a pleno rendimiento.

—¿Por qué?

—Le haríamos el juego a esa potencia enemiga. Ya se han filtrado rumores por todo el mundo y, aunque sólo son eso, rumores vagos, durante las últimas semanas el dólar ha perdido ocho décimas de punto en las cotizaciones. ¿Calcula lo que eso significa, en pérdidas para nuestra economía?

—Debe ser mucho...

—Pasa de cuatrocientos millones. Imagine lo que sucedería si se propaga abiertamente que andamos a la caza de sólo Dios sabe cuántos millones de dólares falsificados. La estabilidad de nuestra moneda no puede permitirse, hoy por hoy, tales lujos.

—Pero así también se les hace el juego a los amarillos...

—Menos. Naturalmente, con esos dólares falsos adquieren legítimas divisas, también material que les es necesario y, desde luego, financian con creces su operación. Sin embargo, el daño aún es mínimo, soportable. Lo que no podemos es desatar el pánico, a lo largo y ancho del país.

Trant hizo una pausa. Iban a razonable velocidad por la carretera nacional, acercándose al lugar de la falsa trampa.

—Tenemos la certeza de que los dólares falsificados llegan en bloque, cada cierto tiempo, a un punto específico de la costa del Pacífico, que bien pudiera ser la casa de Eileen Thorne, la antigua *star* de cine. Ella estaba arruinada y, en cambio, desde hace un par de años su tren de vida es muy elevado, sin que haya sido posible localizar sus fuentes de ingresos. Como reside fuera del país, no la podemos interrogar debidamente, y su casa está siempre alquilada a personas de apariencia muy respetable.

—¿No las han investigado?

—A fondo. Y sin suerte. Son escritores, artistas, gente del teatro, el cine y la televisión, incluso pequeños o medianos políticos, la clase de gente que hay que tocar con pinzas.

—¿Y...?

—13

—Todos tienen en común sus ideas avanzadas, incluso su

simpatía hacia los orientales; pero eso no es motivo en este país para la detención, el registro y todo lo demás, ya no estamos en los días del «cazador de brujas» Mac Carthy. Todos tienen dinero, pero sus declaraciones de impuestos, revisadas con lupa, no presentan el más mínimo fallo, uno de los detalles más significativos porque normalmente esa clase de personas suelen ser bastante descuidadas. Gastan más de lo que ganan en este país, pero pueden probar la legitimidad de ingresos por trabajos suyos en el extranjero, no sujetos a impuestos aquí. Todo perfecto.

—Tendrán algún fallo, algún error...

—Hemos recurrido a toda clase de trucos con todos ellos, aunque admito que la necesidad absoluta de no ponerles en guardia ha impedido que les apretásemos bien los tomillos. Además, existen esos cuatro «accidentes mortales» fortuitos, perfectamente ensamblados en todos sus detalles. Están sobre aviso a pesar de todo, saben lo que se juegan y son implacables.

—El dinero tendrá que salir de algún modo...

—Tenemos esta área vigilada desde hace semanas en extensión y en profundidad. Sorpresivamente, con cualquier pretexto, registramos un vehículo, a unas personas, procedentes de la casa de Eileen Thorne. Nunca logramos nada. Estamos seguros de que esa gente cuenta con cómplices, no sólo bien pagados, sino también catequizados, lo cual es mucho peor, dentro de nuestro departamento, aquí, en su pueblo, hasta en la mismísima Tesorería.

—Bonita perspectiva... Y envían a un solo hombre para arreglarlo...

—Tal como están las cosas, sólo hay una posibilidad. No soy conocido, durante los dos últimos años he trabajado en Europa y Oriente Medio continuamente, mi ficha ha sido escamoteada en la central, no tengo parientes próximos, nadie puede, razonablemente, conectarme con el Servicio Secreto. Además, existe la afortunada coincidencia de mi nombre y apellido con los de un inspector de seguros que en la actualidad goza de unas inesperadas vacaciones bien pagadas.

—Vaya...

—Absolutamente nadie, excepto usted, conoce mi identidad real, en esta zona, de eso ya nos hemos ocupado. Incluso se ha mantenido secreta mi misión arriba, en el mando, para evitar

posibles infiltraciones. Usted ha sido elegido como enlace por la coincidencia de ser un héroe de la Segunda Guerra, haber perdido a un hijo en el Vietnam y tener una intachable hoja de servicios, a más de estar respaldado por el gobernador y el general Curthis.

—Es un honor... En fin, haré lo que pueda. Cuando se me informó de lo que esperaban de mí, ya lo dije. ¿Cuál es su plan?

—Calculamos que, una vez al mes, llega remesa de dólares falsos. Una vez metida en la casa de la Thorne, se distribuyen por diferentes canales, y en fechas determinadas, a centrales de diseminación por todo el país esparcidas. Desde tales centros, pasan en paquetes más pequeños a agentes encargados de mezclar los billetes falsos con los legítimos, en lugares tales como Bancos, pagadurías de grandes empresas, agencias de transporte y otras así. Todo el proceso es muy veloz y sin fallos; a los pocos días, el cargamento está diluido en la red económica de la nación.

—Entonces...

—Yo voy a introducirme, con un pretexto plausible, en esa casa, y a permanecer allí el tiempo suficiente para averiguar la verdad.

—¿Podrá?

—Podré.

CAPÍTULO II

RICH TRANT introdujo a su automóvil por la carretera que bordeaba la costa algunas millas al norte de Ocean City, luego condujo despacio, sin quitar ojo avizor al terreno.

Merecía la pena. La carretera no estaba demasiado bien cuidada, era además estrecha, y la abrieron en la misma falda de los montes ásperos que se despeñaban directamente al mar en aquel tramo de la costa. A veces, el vehículo quedaba colgado sobre abismos de muchos metros de profundidad, a cuyo fondo azotaba el oleaje. Las laderas estaban en parte peladas y en parte arboladas, no muy densamente. Por lo demás, era un panorama digno de verse..., para quien no debiera conducir.

En un momento dado, Trant hizo algo verdaderamente suicida; rompió el freno del coche y volvió a poner en marcha al vehículo, lanzándose por una pendiente en curva, al otro lado de la cual estaba el abismo.

Durante acaso minuto y medio, el agente secreto realizó una verdadera hazaña deportiva, jugándose la vida y mostrando a la par una gran pericia al volante. Luego, el coche hizo un guiño espeluznante y fue a chocar contra la ladera rocosa, con cierta violencia.

No había habido testigos de todo aquello; era mucha la soledad. Rich Trant presentaba un corte aparatoso en la cara, amén de varios laceramientos en el cuerpo, cuando abandonó el estropeado automóvil. Entonces llevó a cabo otra cosa muy estúpida; golpearse en la cabeza con un hierro, haciéndose una brecha y un buen chichón.

Tras todo aquello, realizó toda la maniobra de un hombre accidentado y medio inconsciente, que abandona su coche casi arrastrándose, pierde los sentidos, luego los recupera y, como puede, echa a caminar en demanda de auxilio sin tener gran idea de a dónde va.

Sabía que su coche fue revisado de arriba abajo durante el tiempo que permaneció con el sheriff de Ocean City, halló con facilidad detalles demostrativos de aquella revisión. Sospechaba que su marcha fue comprobada, y tal vez vigilaron su ruta, por eso había visitado a varios usuarios de las pólizas de la compañía de seguros Intercontinental, y en todos ellos dejó marcada la impresión de haber tratado con un concienzudo funcionario de seguros. Ahora iba a lo suyo.

Ni siquiera al sheriff de Ocean City le había contado todo lo que había con respecto a la falsificación de dólares. Aquel asunto era demasiado importante, peligroso por añadidura; el sheriff local, hombre de honestidad y lealtad muy contrastadas, estaba fuera de toda sospecha, pero no así su ayudante, ni otros habitantes de la pequeña comunidad. Además, él tenía sus propias bazas en este juego.

Trescientas yardas más adelante, al doblar un recodo del camino, descubrió su meta.

Se alzaba sobre un promontorio rocoso y algo arbolado, como a cincuenta metros sobre el mar y a unos quinientos de la carretera, que allí pasaba por un tramo algo más ancho y llano. Los montes cerraban todo el panorama, el lugar era realmente bello, agreste y solitario. Había una caleta muy honda, abajo, casi invisible desde el punto donde se encontraba Trant. Exactamente le faltaban tres cuartos de millas para llegar allí.

Hizo el camino exactamente como lo haría un hombre herido y agotado. Al llegar a la entrada de la corta y cuidada ruta privada que conducía a la casa se detuvo como a tomar aliento, siguió a trompicones y, justo a cien yardas de la casa, a una docena de la verja de entrada de hierro forjado que cerraba la alta tapia que a su vez cortaba el istmo rocoso impidiendo el acceso a la edificación, se cayó teatralmente, quedando de bruces en tierra.

Pasaron veinte minutos antes de que su pantomima tuviera éxito.

Entonces, un hombre abrió aquella verja y se le acercó cautelosamente, lo examinó con suspicacia antes de decidirse a hacerle seña a otro, y a una mujer, los cuales llegaron a su vez aprisa y contemplaron a Trant con mucho interés. Boca abajo e inmóvil, pudo oír su conversación.

—Parece malherido...

—No me gusta nada. Vino desde Ocean City, tambaleándose y a pie, solo.

—Démosle la vuelta.

Fuertes manos cogieron a Trant y lo movieron. Entonces sonó una ahogada exclamación.

—¡No es posible!

La voz de la mujer inquirió, de pronto tensa:

—¿Le conoces?

—Sí; pero hace diez años que no le veía... —sonaba como aturdida la voz del hombre que emitiera la exclamación—. Es un viejo amigo, se llama Trant, Richard Trant. Vamos, hay que llevarle a dentro.

Trant dejóse cargar. Había contado con aquel efecto de sorpresa.

Lo dejaron en un sofá grande, en una no menos grande habitación, curiosamente decorada con motivos que revelaban una gran y desbocada fantasía en el propietario de la casa. La mujer fue a preparar un vaso de whisky que le trajo mientras el más joven de los hombres reconocía a Trant, y el otro le ayudaba, un tanto receloso.

—Parece haber sufrido un accidente, pero no tiene lesiones serías, al menos a la vista. Ese golpe en el cráneo puede ser bastante malo.

—¿No le parece muy extraño que su viejo amigo haya venido a accidentarse precisamente aquí?

—¿Qué estás insinuando, Clever?

—Nada. Esperaremos a que vuelva en sí, y nos cuente su versión.

La mujer llegó con el vaso mediado de licor.

—Toma, dáselo. Lo reanimará.

Trant tragó el excelente whisky, imitando las dificultades de un

hombre desvanecido, tosió, carraspeó y, finalmente, abrió los ojos, mirando como aturdido a su alrededor.

Vio a su viejo amigo Luther Parry inclinado ansiosamente sobre él, a su lado y de pie a una hermosa mujer como de treinta años o acaso alguno menos, rubia, de mirada fría y cautelosa, pero también interesada, al opuesto a un hombre como de cuarenta años, fornido, de ralos cabellos claros y facciones de animal de presa, pero no mal parecido, cuyos ojos estaban claramente llenos de recelo.

Por su parte, gruñó de dolor no demasiado fingido, y trató de incorporarse, llevándose una mano a la cabeza.

—¿Qué me...? Ough...

—Tranquilo, Rich, estás entre amigos. ¿Qué te sucedió, viejo?

Había cariño en la voz de Luther Parry. Era lógico, él, Trant, sentía, mucho más que el dolor de sus golpes y arañazos, el de tener ahora que engañarlo. Respiró, abrió mucho los ojos, y puso la más convincente caía de aturdimiento posible.

—¡Luther..., Luther Parry! Ough... ¿Cómo..., qué me pasa?

Sonreían los ojos de su antiguo camarada. Parry le estaba sosteniendo ahora.

—Te vimos llegar tambaleándote, y caíste delante justo de la verja, así que salimos a recogerte y te reconocí, con la sorpresa que te puedes imaginar. ¿Tuviste algún accidente?

—Oh, sí, claro... La casa... La vi de lejos y fui a pedir ayuda, pero antes de llegar me desmayé... Mala suerte la mía, Luther, se me rompió el freno en una de esas malditas curvas, y de milagro pude meter el coche contra un terraplén... Mi cabeza...

—¿Dónde ocurrió la cosa? —inquirió secamente el llamado Clever. Trant lo miró, como atontado aún.

—No sé... Calculo que a una milla, tal vez dos, o menos... No puedo calcularlo bien. Perdí los sentidos en el choque, luego me arrastré fuera del coche, y los volví a perder.

—Tranquilízate, Rich —Parry daba, sin duda, por buena su versión—. Ahora te curaremos y llamaremos a un médico si es preciso, o te trasladaremos a la población. Bébetelo whisky, te reanimará. Mira, te llevamos a mi alcoba, y allí vemos lo que tienes, ¿eh?

Ni la mujer ni el llamado Clever tuvieron nada que decir. Este ayudó a Parry a levantar al alicaído Trant, y entre ambos lo condujeron a una alcoba no menos sorprendente que el living, donde le ayudaron a desnudarse y comprobaron sus lesiones. Mientras lo hacían, Trant siguió representando su papel, y tomando buena nota de todo lo circundante, hasta en sus más nimios detalles. Al terminar la auscultación, Parry le dijo, aliviado:

—Bueno, parece que tuviste suerte, muchacho, después de todo. Sólo se te notan contusiones y arañazos. Debió de ser ese golpe en el cráneo lo que te aturdió. ¿Te duele mucho?

—Como mil demonios. Pero no creo tener rota la cabeza. Ya sabes que es muy dura.

—Y tanto... Muchacho, muchacho... Mira que ir a encontrarnos así, al cabo de los años... ¿Qué es lo que haces? ¿Te casaste?

—Hum... Estoy divorciado desde hace seis años, no tuve ninguna suerte en el matrimonio, ni en otras cosas. Me gano la vida como inspector de una compañía de seguros. Precisamente vine a recorrer esta región, y hace, sólo un par de días de mi llegada. Caí con mal pie...

—¿Lo dices por tu accidente?

—Es el segundo contratiempo en setenta y seis horas. Antes de llegar a Ocean City trataron de atracarme en, la carretera dos tipos con una burda trampa y, al fallarles, se liaron a tiros conmigo. Tuve suerte de que no me acertaran, pero les faltó poco.

Vio cómo los dos hombres intercambiaban una rápida mirada. Clever inquirió:

—¿Cómo fue la cosa?

Trant se lo explicó, mientras soportaba un masaje del propio Clever, que parecía tener buenos conocimientos en la materia, y también tenía unas manos a la vez suaves y muy duras... Aquel hombre era de cuidado, y recelaba. En cambio, Parry había dado ya por buena su historia, en todos sus detalles.

—Vaya, hombre, no puede decirse que andes con mucha suerte, es cierto. Pero tampoco la has perdido, y porque si se te rompió el freno, lo lógico era que hubieses terminado en el océano y hecho pedazos. Así, todo se ha reducido a unos hematomas y un gordo chichón. Y gracias a eso, volvemos a vemos... Chico, he recibido un alegrón, de veras...

—Imagínate el mío. ¿Es tuya esta casa? Lo digo porque aún no sé si veo lo que existe o sigo sufriendo los efectos del golpe.

Parry rio abiertamente.

—Tranquilo, marine, no tienes telarañas ante los ojos... No, la casa no me pertenece, la alquilé para una temporada de descanso. Es de una antigua *star* de Hollywood, que nos hacía soñar despiertos allá en Corea. ¿Te acuerdas de Eileen Thorne?

—¿La...? —Trant realizó una mímica expresiva marcando generosas curvas femeninas, y la remarcó con unos silbidos. Parry asintió. Clever no le quitaba ojo, pero ahora estaba a su espalda, y Trant no podía verle, le daba masaje en la nuca—. Caramba, muchacho... No me digas que es amiga tuya.

—La conozco un poco. Verás, actualmente me dedico a la música pop. ¿No has oído de mí?

—¿Música pop? ¿Luther Parry...? ¡Espera! ¿Eres tú el Parry...?

—El mismo. *Siguiendo contigo un camino embarrado. Serenata en gris mortal. Twin, twin, twinny...*

—¡Vaya! Y yo sin enterarme... Chico, no tengo perdón, de veras. Pero es que los seguros no le dejan a uno demasiado tiempo para el descanso y la telediversión. Soy una especie de policía barato, siempre metido en asuntos sórdidos, ganando poco dinero y removiendo basura... Tú, en cambio, has triunfado, ya se nota... ¡Cuánto me alegro, muchacho, de veras! Siempre pensé que llegarías a alguna parte, con tus ideas y tu música..., aunque en aquel entonces ni tú mismo estabas muy seguro de llegar a ninguna parte. Dime, ¿te acuerdas de la Port Chop Hill?

—No es fácil que la olvide, maldita sea. Ni tú, ni nadie de los que allí estuvimos...

—Buen puñado de novatos asustados que éramos el día en que subimos allí arriba...

—Sí. Y en tres semanas nos convirtieron en novatos..., a los que quedamos.

Era la conversación lógica entre dos antiguos camaradas del frente, que volvían a encontrarse después de diez años de no saber uno del otro. Clever escuchaba muy alerta, pero nada pudo advertir que le aumentara los celos, de eso estaba Trant seguro. Terminó de darle masaje, y entre él y Parry le emparcharon el chichón, el

corte de la cara y algunas otras lesiones superficiales, luego de curárselas cuidadosamente. Una ducha fría y uno de los pijamas de Parry completaron la cosa.

—Ya que no tienes nada serio, y tu coche está hecho cisco, vas a quedarte un par de días con nosotros.

—Pero es que...

—No acepto excusas de ninguna clase. Aquí estamos bastante aislados. Clever es un viejo amigo, Jill no es tan vieja, como ya habrás podido notar, ella y yo somos..., ya te haces cargo, grandes amigos. Estoy aquí para preparar una serie de nuevas canciones, y me inspiran este paisaje, esta soledad. Contigo resultará perfecto, muchacho, vas a estimularme mucho, lo presiento. Hallaremos el medio de que no te aburras...

Trant hizo una serie de objeciones razonables en tono dubitativo, pero se dejó convencer pronto. Su representación había resultado perfecta; ya estaba dentro de la casa, y contaba, al menos, con cuarenta y ocho horas para investigar a fondo.

A menos que aquel Clever de ojos duros y desconfiados, o la muchacha rubia de mirada calculadora... o el mismo Parry, no estuviesen fingiendo también.

De momento, no lo creía. Iban a encontrar al coche averiado, huellas claras y evidentes del percance, tendrían que aceptar su versión. Disponía de cuarenta y ocho horas..., para triunfar o para morir.

Porque, si fracasaba, terminaría bailando el vals de las olas al pie de los acantilados, su propio simulado accidente les serviría de coartada a unos individuos con demasiado que perder.

CAPÍTULO III

—NO has debido invitarlo, es una imprudencia.

—Al contrario, es un riesgo calculado, que nos va a beneficiar, aparte de que no podía actuar de otro modo.

Luther Parry y su amiga Jill Thaller estaban solos en aquel «estudio» de paredes encristaladas, situado como un balcón saliente sobre el acantilado. A sus pies, allí abajo, las olas del Pacífico se estrellaban contra las rocas negras y relucientes, con un fragor sordo y continuo, revolviendo espumas bajo el sol del mediodía.

Ella lucía un pijama de anchas perneras y audacísimo escote, que dejaba al descubierto su muy hermoso busto. Él, con otro atuendo nada convencional, estaba fumando, entre pensativo y contento.

—Si tú lo dices...

—Y es como digo. Recuerdo muy bien a Rich Trant. Durante más de dos años fuimos camaradas de guerra, y nos vimos en muchos apuros a menudo. Yo no fui nunca un héroe, ni siquiera un buen soldado, pero él sí que lo era. Duro, valiente, disciplinado, con nervios de acero. Por eso le hicieron teniente y le dieron la medalla militar dos veces.

—Me lo pintas aún más peligroso.

—Todo lo contrario. Es un magnífico subalterno, pero de ninguna forma un cerebro de primera fila, a no ser que haya cambiado mucho, y su actual empleo no lo demuestra. Escucha, Jill, yo le debo la vida a Rich Trant. Si ahora me lo hubiera llevado a un hospital de inmediato, dejándolo allí, los que tienen esta casa vigilada y permanecen al acecho de un dato que les permita

atraparnos, atarían cabos, sospechando de inmediato la verdad.

—Hum...

—Sabes que es así, y que no podemos descuidarnos. Ya avisé lo sucedido a San Francisco, estarán investigando a Rich, toda su vida y milagros, a fondo, ¿no te tranquiliza eso? Ahora vendrá un médico de Ocean City, examinará a Rich, luego contará en el pueblo lo que le ha sucedido. Y quienes nos vigilan opinarán que, por el momento, no esperamos envío, pues de lo contrario, Rich no habría sido invitado a quedarse.

—Supón que piensan al revés.

—Es el riesgo a correr. Pero esta noche te encargarás de Rich. Le he dicho que eres mi amante, dejándole la idea de que estoy ya un poco cansado de ti. Después de la cena beberemos, bailaremos, te insinúas discretamente. A su debido tiempo, me iré al suelo como borracho perdido, entonces debes hacerle creer que bebo con exceso y no lo resisto, luego te las arreglas para conseguir que caiga en tus brazos.

La mujer escuchaba con un mohín curioso. No parecía precisamente disgustada.

—Siempre dije que eres un hombre de brillantes ideas —dijo. Parry asintió con una sonrisa.

—Las cosas hay que hacerlas bien, hijita, para que bien salgan.

—Dame tus instrucciones.

—Simplemente, rétenlo con tus caricias. Mientras os divertís, Clever y yo haremos el trabajo, Rich ni se enterará. Por la mañana se despertará con un buen dolor de cabeza, la boca reseca y la sensación de haber traicionado a un viejo amigo, que le concedió hospitalidad. Le conozco bien, sé que va a sentir remordimientos. Tú le sigues la corriente, yo me haré el incauto. Estoy pensando que Rich podría resultar una buena adquisición para nuestro grupo...

Rich Trant estaba fumando de pie junto al ventanal del living. No había hecho ningún movimiento, sabíase discretamente vigilado, y no tenía prisa. Lo que buscaba no iba a estar a la vista, ni tampoco en lugar donde fuera cosa fácil encontrarlo.

Clever estaba preparando de beber para ambos. Hacía rato que Parry y su amante desaparecieron, con una excusa plausible. Iban a

alistar el almuerzo, dijeron, él, Trant, debería permanecer tranquilo, pues aún se hallaba bajo los efectos del accidente...

Clever le tendió su vaso. Sus ojos glaciales trataban de parecer amistosos. Ya se había despojado de la funda sobaquera con pistola que Trant le notara bajo la chaqueta. El propio Trant no trajo ningún arma encima; hubiera sido estúpido.

—El médico no tardará. Dijo que vendría rápido.

—No debieron molestarse. Ya me encuentro mucho mejor.

—De todos modos, le conviene esta revisión por un médico y una cura más experta. Es curioso que haya venido a accidentarse cerca de la casa de un viejo amigo...

—Sí que lo ha sido. Y una gran alegría para mí. Mira que encontrármelo al cabo de diez años, y convertido en un famoso compositor...

—¿Fueron buenos camaradas?

—De lo mejor. Bueno, entre nosotros, le salvé un par de veces el pellejo a Luther. Como soldado era un artista, ya me entiende... ¿Usted hizo también la guerra?

—La segunda, con el Quinto Ejército y luego con el Primero, desde Normandía hasta el final.

—Entonces, sabe lo que eso significa. ¡Hum! Buen licor... Ustedes se cuidan aquí... ¿Viejos amigos, usted y Luther?

—Nos conocemos hace años. Le sirvo de secretario y de guardaespaldas, la gente como él suele tener, a menudo, problemas; ya sabe.

—Sí, eso tengo entendido... Oiga, entre nosotros, la chica... Luther me ha dado a entender que son buenos amigos, pero que el idilio está ya en declive. No quiero meter la pata, ¿comprende?

—Entiendo, sí. En efecto, ellos han sido grandes amigos durante cierto tiempo. Pero en ese ambiente suyo, no se toma demasiado en serio casi a nada. De todos modos, continúan.

—Gracias por el informe. Aquí llegan...

Parry venía delante, sonriente. Tras él, Jill ondulante, insinuante, miró a Trant de un modo largo, que él notó, haciéndose el sorprendido. Parry tomó de inmediato la palabra, mientras que Jill iba a sentarse lánguidamente delante de Trant.

—Listo el almuerzo. ¡Uf, tengo sed! ¿Tú que tomas, Jill?

—Lo mismo que tú. ¿Llamó el médico, Theo?

—No. Pero no llegará tan pronto. Creo que nos dará tiempo de almorzar.

Parry estaba sirviéndose ya una generosa porción de bebida.

—Antes, tomaremos unos tragos. ¿Vas mejor, Rich?

—Perfecto, Luther. No hay como sentirse entre viejos amigos.

—Buen muchacho... Fíjate, Jill. Ahí donde le ves, en una ocasión él solito atrapó a dos docenas de amarillos en una posición de montaña, y se los trajo como una sarta de conejos...

Parecía ser un hombre feliz y ansioso de demostrárselo a todo el mundo. Por su parte, Jill comenzó a dar la impresión de que encontraba interesante al invitado. El mismo Clever mostrábase ya francamente amistoso. Trant, por su lado, mantuvo su papel.

El médico llegó poco más tarde. Era un hombre de mediana edad y anodino aspecto, que parecía malhumorado. Explicó que tenía demasiado trabajo, y luego hizo desvestirse a Trant, examinándolo concienzudamente, desde la cabeza hasta los pies.

—Nada serio —resumió—. Tuvo usted suerte, en tres días se encontrará perfectamente.

—Los que te vas a quedar aquí —aseveró Parry. Trant explicó la necesidad de enviar un cable a sus oficinas centrales, comunicándoles lo sucedido, y el propio médico se brindó a llevarlo a Ocean City.

—Llámenme si ocurriera novedad, pero no lo creo...

Parry acompañó al médico al exterior, mientras que Jill, insinuante con discreción, le impedía a Trant quedarse solo ni un momento. Clever, por su parte, se fue a poner la mesa, dijo.

Allí fuera, Parry sostuvo con el médico una interesante conversación, mientras parecía despedirle.

—No ha sido un accidente simulado. Jolly ha ido allí y lo comprobó. Se le rompió el freno, y sólo debido a una gran suerte y mucha sangre fría propias, se ha salvado.

—Lo suponía. Conozco bien a Rich Trant.

—De todos modos, es muy raro que haya aparecido por la zona tan oportunamente. Y también ese intento de atraco que sufrió.

—Yo me encargo de él, ya lo he advertido. Nada descubrirá, e incluso esta vez nos va a servir de «tapadera».

—Estén alerta, nosotros también lo estaremos. El sheriff es un hueso muy duro de pelar, sospecha ya de Jolly. Y por lo menos, hemos descubierto a cinco tipos sospechosos en la zona.

—Nadie nos va a atrapar. Hace veintinueve meses que el negocio está en marcha sin un fallo, tanto los federales como el Servicio Secreto y la CIA se vuelven locos tratando de cazarnos, y ya ve lo que han conseguido hasta la fecha.

—Parry, es usted demasiado optimista y temerario. En fin, mañana volveré para examinar a su amigo.

—Y al regreso se llevará el cargamento, pasándolo tranquilamente por delante de las narices de todos esos espías. Ya ve cómo saco partido de un accidente inesperado...

En el living, Jill estaba muy cerca de Trant, encendiendo un cigarrillo y mirándole a los ojos con andancia.

—Así que le salvó la vida a Luther... Me ha estado llenando la cabeza con sus hazañas bélicas, durante toda la mañana.

—Bueno, a él siempre le gustó exagerar.

—Le considera una especie de superhombre. ¿Hay para tanto?

Trant le aguantó el envite con una sonrisa de circunstancias, contestándole despacio:

—Yo diría que soy un tipo vulgar. Me llevaron a hacer una guerra, y la hice lo mejor que supe, eso es todo. Luego, al volver a casa, seguí siendo un tipo vulgar. Luther, en cambio, es un triunfador.

—Hum... Sí... Vaya, pues, a decir verdad, me alegro de que nos haya caído encima, Rich. Aquí se mascaba demasiado aburrimiento...

Lo dijo poniendo una de sus cuidadas manos sobre el antebrazo de Trant, y dándole a su voz, a su expresión, un giro inequívoco. Trant tragó claramente saliva, y fingió un azoramiento que estaba muy lejos de sentir.

—¡Ejem! Bueno, yo... Luther es mi amigo y...

Ya ella le soltaba y se alejaba, con un suave contoneo de caderas, hacia el bien surtido y estrambótico bar. De espaldas, en escorzo fuertemente sugestivo, le miró e inquirió:

—¿Qué tomamos? No me diga que ya bebió bastante. Detesto a los tipos que no pueden resistir más de tres tragos.

—Bueno... Yo suelo aguantar cuatro.

Ella llenó los vasos, y regresó a su lado con el mismo contoneo provocativo, le tendió el suyo mirándole a los ojos y, con una sonrisa promisoría, hizo chocar los vasos.

—Eso me complace, Rich —le tuteó—. Verás, tu amigo Luther apenas si sabe resistir dos.

Luego bebió, mirándole sobre el borde del vaso.

Trant siguió el juego. La fiesta iba poniéndose candente...

Desde su llegada a la casa, aquellos tres no le habían dejado solo ni un instante, con cualquier pretexto uno u otro de ellos siempre estuvieron junto a él. Ya sabía que en aquella casa, al menos en la parte de ella que fuera en una ocasión registrada por la policía, no había micrófonos ocultos, ni circuito cerrado de televisión, ni red de alarma electrónica, absolutamente nada de lo usual en los nidos de granujas importantes, en un punto clave para la entrada y distribución de los billetes falsos en el país. Precisamente aquello probaba la astucia e inteligencia de los granujas, camuflar tan habilísimamente el «nido» que ni aun los más hábiles expertos del Servicio Secreto pudieron dar con él, a sabiendas de que se encontraba allí, en alguna parte de la casa o de sus alrededores.

Pero ahora ellos tenían dentro a un caballo de Troya. Y él, Rich Trant, iba a descubrir el secreto de la mansión costera de Eileen Thorne, el medio del que se valían los contrabandistas de moneda falsa para introducirla en el país, ante las mismísimas narices de las autoridades federales y el propio Servicio Secreto...

Días antes, o mejor dicho noches, un «comando» especial de agentes había llegado a pie a los alrededores de la casa, con la exclusiva misión de situar una red de mini micrófonos ultrasensibles en distintos lugares del perímetro exterior de la finca. Aquellos mini micrófonos estaban conectados a una central establecida en una cueva de las montañas, a una milla larga de distancia, por medio de otros aparatos semejantes a los ingenios espaciales. Había también cámaras de luz infrarroja y ultravioleta, situadas en puntos estratégicos de la costa acantilada y las montañas...

Había sido una labor de hormigas, realizada noche tras noche por aquel equipo selecto de agentes secretos, los cuales

desaparecían mucho antes de la salida del sol, unos enterrándose en refugios ocultos, otros yéndose a descansar en viviendas aisladas y deshabitadas de la zona. Toda la operación habíase desarrollado perfectamente a lo largo de las últimas semanas, gracias a la gran preparación de los hombres que tomaban parte en ella. Mientras que otros hombres, no menos eficientes, astutos y alertados, vigilaban día y noche los alrededores de la casa de Eileen Thorne, listos para coger a sus moradores por sorpresa.

Ahora él, Rich Trant, debía efectuar la última y más difícil operación del conjunto. Tenía que situar dentro de la casa una maravilla de la electrónica que, al entrar en accionamiento, activaría a su vez todo el circuito de espionaje, haciendo que incluso las conversaciones sostenidas en voz baja por los moradores del edificio, o quienquiera que con ellos allí se reuniera, pudiesen escucharse claramente en la central de recepción. Se desvelaría el secreto de la casa, y los hombres del Servicio Secreto, en operación combinada con los agentes federales, ya planeada incluso en los menores detalles, actuarían rápida y contundentemente, para terminar con la entrada masiva de dólares falsificados en el país.

Cada una de las veintitantas piezas que componían aquel minúsculo aparato había sido acoplada al cuerpo de Rich Trant por especialistas, de tal modo que una minuciosa revisión del médico nada descubrió. En su dentadura, dentro de su cuero cabelludo, incluso en sus órganos sexuales, iban escondidas. A su debido tiempo, aquella misma noche, cuando no pudieran verle ni oírle, reuniría todas aquellas piezas, montaría el maravilloso aparato, y lo ocultaría, merced a su pequeñez, fácilmente donde no lo pudieran encontrar.

Entonces la banda estaría perdida, y la labor sufrida, callada, de muchos hombres durante muchos meses, casi habría llegado a su fin.

CAPÍTULO IV

LA tarde había transcurrido sin novedades dignas de mención. Hubiérase dicho que los ocupantes de la casa sólo tenían interés en hacerle pasar bien el tiempo a su invitado, y éste, en complacerles.

Ya era de noche. Al atardecer, bruscamente, como solía suceder en los días otoñales, el tiempo cambió y un cerrado frente de nubes bajas llegó desde el Pacífico, cargado de lluvia. Ahora la lluvia descargaba fuerte contra las laderas boscosas de la costa, y la cerrazón se confundía con la oscuridad crepuscular. Sin embargo, el océano estaba relativamente poco alborotado, apenas si se habían alzado las grandes olas verde grisáceas.

—Aquí son portentosas las tempestades —dijo Parry. Los dos hombres, y Jill, que había vuelto a cambiarse de ropas y lucía otro atuendo muy sugestivo, hallábanse en el «estudio» colgado sobre el acantilado. Clever andaba por alguna otra parte—. Tendrías que verlas, a mí me inspiran de un modo increíble. Alguna de mis mejores producciones de estos últimos tiempos ha salido de este lugar.

Jill estaba reclinada contra una de las columnas sustentadoras del audaz «huevo» arquitectónico, fumando y con una copa ventruda entre los largos dedos. Contemplaba a los hombres entre las pestañas artificiales casi juntas, de un modo felino y sensual.

—Luther se inspira y yo me aburro —dijo—. Me aburro mortalmente, sobre todo cuando llueve. ¿Quieres bailar conmigo, Rich?

No le habían dejado ni un minuto a solas, ni aun para ir al retrete, eso sí, con grandiosa naturalidad. Ahora, Trant asintió y se

le acercó, aunque mirando de reojo a su amigo. Parry tenía ahora un rictus de fastidio, mezclado con desprecio.

—Ya conoces a las mujeres —dijo—. Todas son iguales. Ojalá tú puedas animarla un poco.

—Estoy segura de que lo hará —repuso Jill con descaro, yendo a juntarse con Trant, luego de conectar el lujoso tocadiscos y poner en él una de las piezas creadas por Parry, cuyos sincopados sones llenaron la habitación—. ¿Te gusta la música de él? Aquí suena a todas horas.

—Es muy buena. Y no estoy adulándolo.

—Ella opina que hay cosas mejores —gruñó Parry, cargando su pipa y yendo a sentarse de cara al negro océano, cuyo constante bramido no ahogaba la música. Jill ya estaba contoneándose de manera agresiva, excitadora, delante de Trant, el cual se puso a imitarla con alguna torpeza. Ella lo miraba de aquel modo insinuante, y en un momento dado le sacó la lengua a Parry de modo procaz, pero sin que él la viera.

—Claro que sí, querido. Tu música es buena para «adolescentes y drogadictos, pero la gente que es como debe ser necesita algo más sustancioso.

—Son mis engendros los que pagan tus cuentas, ¿verdad?

—¡Bah! Ni siquiera eres original en tus insultos...

No era que se pelearan. Daban la exacta impresión de una pareja ya un poco hartos el uno del otro. Así había sido durante la tarde, todo en tono menor, discreto, amable, bien remojado con licor...

Al otro lado de la casa, Clever acababa de realizar una inspección rutinaria del terreno; y al echar una última ojeada por la ventana, creyó ver moverse afuera una sombra huidiza.

De inmediato cambió su expresión, también su actitud. Veloz y silencioso, abandonó la habitación prácticamente a oscuras y, sin encender nuevas luces, se llegó a un armario del vestíbulo, abriéndolo. De allí extrajo una magnífica pistola provista de silenciador, un arma de lujo, pero también de lo más mortífera, diseñada para especialistas. Actuaba con la silenciosa seguridad de un experto cazador, y eso era, realmente.

También sacó, y se puso, un impermeable de plástico. Luego fue

a la puerta y la abrió, sin hacer el menor ruido, deslizándose al exterior.

Allí reinaban la lluvia y el viento, no había otros ruidos, sino los de la naturaleza. No era posible distinguir las luces del living ni tampoco las del estudio. Del mismo modo, no se divisaba a nadie por la sencilla razón de que no había luces exteriores.

Clever no pareció necesitarlas. Se movió sigilosamente hacia uno de los lados del edificio, encorvado, empuñando la pistola con silenciador, del mismo modo que avanza el cazador hacia su presa.

En aquel lado, batido menos por la lluvia, se habían reunido nada menos que tres personas. Tres bultos huidizos, que estaban trabajando aunados en la tarea de forzar una de las ventanas bajas, tarea que parecía estar resultándoles muy difícil, a juzgar por sus jadeos y maldiciones a media voz. No advirtieron la llegada de Clever.

Este extrajo con su mano libre una potente linterna eléctrica de uno de los bolsillos del impermeable, y los enfocó de repente por sorpresa. Su voz restalló, seca e imperiosa:

—¡Quietos, o disparo!

Con sendas exclamaciones de sobresaltos, los intrusos se irguieron, volviéndose, deslumbrados.

Eran dos hombres y una mujer, mejor dicho, dos chicos y una chica. Los pelos de ella, lacios por la lluvia, resultaban inconfundibles, aunque uno de los otros luciera, a su vez, una melena respetable. Además, ambos mozos también tenían barbitas.

Su vocabulario era el que podía esperarse de unos *beatniks*, y no podían caber dudas acerca de su condición, viendo las ropas que usaban. Como ratas atrapadas en el fondo de un albañal, así quedaron aturdidos por unos instantes; luego, uno de ellos hizo un veloz movimiento para escapar al rayo luminoso de la linterna.

Clever disparó. Sólo fue un leve «plop», que ni siquiera debieron oír los *beatniks*, pero el que trataba de huir gritó, se tambaleó, se agarró el brazo izquierdo con la otra mano y se encogió. También lo hizo su compañero, que estaba ya, sin duda, buscando el modo de usar su navaja automática. La voz de la chica sonó, nerviosa:

—¡Cuidado, lleva un arma con silenciador!

—Seguro —Clever consideraba dominada la situación—. Y vais

a estaros quietecitos, o los tres tendréis que sentirlo. ¡Vamos, ratas, de cara al suelo y enseguida!

Ninguno de aquellos tres tendría veinte años, bastaba verles las caras congestionadas por la rabia y el temor. La moza no era fea, ellos resultaban repulsivos. El aún ileso gruñó:

—¡Oiga, no tiene derecho a hacernos esto! ¡Sólo queríamos entrar a cobijarnos de la lluvia!

—Se lo contaréis al sheriff, cuando venga. Mientras, al suelo.

Estaba convencido Clever de que no había más que aquellos tres allí fuera, y también de su capacidad para dominarlos; fue un trágico error, de esos que a veces cometen los hombres de acción. Ellos, por su parte, contribuyeron a su engaño con súplicas y gestos que retenían su atención. Ya era demasiado tarde, cuando escuchó un ruido a su espalda, que le hizo girar veloz...

El tipo que había llegado cautelosamente por allí, mientras Clever dominaba a sus compañeros, empuñaba una palanqueta de automóvil. Dio un salto muy ágil, y le golpeó con ella en el cráneo.

Fue un golpe brutal, que no aminoró apenas la capucha de plástico y el cabello. Clever dobló las rodillas, emitiendo un gruñido de dolor. Aún tuvo ocasión de apretar el gatillo, pero no pudo hacerlo con suficiente precisión. El grito de la moza:

—¡Cuidado, Hal, tiene una pistola!

Resultó innecesario, porque el de la palanqueta acababa de sentir en sus carnes la mordedura del proyectil. Por eso volvió a alzarla, y golpeó de nuevo a Clever, ahora en el occipital, con rabia feroz.

Esta vez Clever cayó de lleno sobre sus rodillas, y medio soltó la pistola, porque el golpe le había abierto el cráneo. Pero su agresor le pegó de nuevo con saña, y los otros tres llegaron corriendo a unírsele. Por detrás apareció también otro, entre la lluvia, desde la entrada de la finca.

Fue una cosa salvaje y repugnante. Clever ya no podía defenderse, pero aquel quinteto siguieron golpeándole hasta que su cabeza fue una reventada masa de sangre, carne y huesos. Jadeaban como bestias feroces, mientras daban rienda suelta a su venganza...

Luego, se enderezaron. La lluvia y el viento parecieron redoblar

sus fuerzas.

—Nos sorprendió con la linterna...

—Me hirió en un brazo, pierdo mucha sangre, Hal. Ayúdame...

—¡Cállate! A mí también me ha dado, el hijo de perra. Pero ya está listo y bien listo.

—¿Qué hacemos, Hal? —era una muchacha la que preguntaba; y otra voz de chica le contestó, más fría, serena, casi despiadada; debía de pertenecer al último miembro del quinteto:

—Está bien claro. Hay que cogerlo y echarlo por los acantilados. Cuando lo encuentren, creerán que sufrió un accidente. Y si no lo creen, tanto dará, ya estaremos muy lejos.

—Sue tiene razón —dijo el llamado Hal—. Ayúdame, Kit, lo echaremos al mar. Sue, busca su pistola, puede hacernos falta.

Mientras las muchachas quedaban allí, con el herido en un brazo, los otros dos cogieron como pudieron el cadáver de Clever y se lo llevaron, a trompicones y a rastras, hacia la orilla del cantil. Al llegar allí, miraron a lo alto, donde brillaba la luz del estudio.

—Ahí hay otros...

—No esperarías que estuviera solo éste.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Tú qué crees? Vinimos a robar, y nos hemos encontrado con un tío que usaba una pistola con silenciador, nos hirió a Gene y a mí, ¿verdad? Y le hemos machacado la cabeza. ¿Piensas que debemos dejar testigos para que luego se lo cuenten todo a los cerdos?

—No, claro que no...

—Pues andando, echemos a éste abajo, y vamos por los otros.

«Los otros» ignoraban lo sucedido en el exterior de la casa. Ahora, Jill acababa de poner música de jazz, y estaba retornando junto a Trant, al que le echó los brazos sobre los hombros, pegándosele adrede y envolviéndolo en su sensualidad. Él la cogió con una mano por la cintura, sosteniéndole la mirada. Ambos retenían sus copas. Por su parte, Parry semejaba poseído por una absoluta indiferencia hacia lo que hacían o pudieran hacer, fumaba y bebía con la mirada perdida en la negrura exterior.

—Esta música sí vale la pena, ¿verdad?

Trant asintió con una mueca. Jill estaba llevando las cosas

aprisa, desde luego. Su perfume, caro y bueno, le entraba por las narices, la presión de su cuerpo tibio y rotundo era sumamente tentadora, pero no más que su mirada y su media sonrisa...

A los pocos compases, le metió la cabeza contra el cuello. Apenas si se movían, no era necesario para el lento ritmo de la música. Trant advirtió, de reojo, cómo Parry no perdía detalle del juego, mientras fingía una indiferencia casi insultante, y se dijo que aquella noche iban a ir de pillo a pillo. ¿Por dónde andaría Clever?

Jill besó en el cuello a Trant. Luego le dio un leve mordisco insidioso. Buena táctica... Siguiéndole el juego, él le apretó más la cintura con su mano, haciendo presión con los dedos en la prieta carne. Entonces ella alzó a cara y le miró. Una mirada sin tapujos.

Trant hizo un leve gesto hacia Parry, que ahora bebía, dándoles la espalda. Jill hizo una muy expresiva mueca de desprecio, luego le guiñó un ojo de modo perfecto.

—Me gusta bailar así con un hombre de veras, Rich —le informó en tono bajo—. Tu amigo falla...

Iba Trant a contestarle cuando lo increíble sucedió, tomándoles a los tres de sorpresa.

Una sorpresa brutal.

CAPÍTULO V

—TRANQUILOS, amigos. O les haremos daño.

La voz, sarcástica y amenazante, había venido de la puerta. Trant se paró en seco, volviendo la cara hacia allí, mientras Jill enrigidecía en sus brazos, imitándole, y Parry hacía lo mismo, abandonando su postura de abúlica abstracción.

Para los tres resultó idéntica la sorpresa, al descubrir al puñado de seres que estaban entrando en el estudio. Rich Trant, al menos, se dijo, por un instante, que allí estaba sucediendo algo que de ningún modo podía suceder.

Un tipo alto, fornido, de no muchos más de veinte años, con sucias y revueltas melenas, que la lluvia apelmazara y de las cuales le caían gotas y chorritos como de una gárgola, vestido con un viejo chaquetón de cuero, unos *blue jeans* y recias botas vaqueras, les estaba apuntando con una magnífica pistola especial, provista de silenciador. La cara de aquel tipo, ligeramente pragmática, de torcidas facciones, tenía algo de abyecto y brutal; una rala barba contribuía, con sus malignos ojos verdosos, de reptil, a aumentar al máximo la desagradable impresión que provocaba.

Otros dos tipos jóvenes, astrosos, melenudos, ambos con barbas, uno moreno, rubio el otro, éste último con una mueca de sufrimiento y el brazo izquierdo doblado, pegado al cuerpo, empuñaban, el rubio una navaja automática, el moreno una palanqueta de acero, agresivamente ambos. Dos mozas, bien parecidas, pero con esa curiosa característica cual ajada de cierto tipo de jóvenes *beatniks* e *hippies*, completaban el grupo. Iban también armadas con sendas navajas, y no cabían dudas acerca de

que, al menos la más alta, una morena realmente guapa, sabía usar la suya.

Pasado el primer instante de sorpresa, el cerebro de Rich Trant comenzó a funcionar aceleradamente. Catalogó en el acto a los intrusos, sin un fallo. Una pandilla de jóvenes salvajes, de lo peorcito. La pistola con silenciador era incongruente en sus manos, pero sin necesidad de ella ya resultaban muy peligrosos, habida cuenta de su número y de que él estaba desarmado, también Parry y, por supuesto, Jill. Su mirada de experto captó entonces algo que le hizo fruncir el entrecejo. El rubio iba herido...

Los cinco avanzaron, abriéndose en abanico hacia los ocupantes del estudio, mientras Trant soltaba a Jill despacio, y se prevenía para lo que, sin duda, iba a suceder. El de la pistola llevaba la voz cantante, avisó de nuevo con el mismo acento, irónico y amenazador:

—Así está bien. Levanten un poco las manos y dense la vuelta. Con mucho cuidado...

—¿Qué significa esto? —estalló al fin Parry, comenzando a congestionarse. Tenía la pipa en la mano derecha, y el vaso casi vacío en la otra. Los intrusos ya estaban rodeándoles.

—¿No lo comprende, amigo? —se burló el de la pistola—. Es muy sencillo, se trata de una invasión.

—Una invasión de ratas —dijo Trant despacio, fríamente—. Será mucho mejor que obedezcas, Luther.

Su tranquila afirmación motivó que el interés del quinteto se centrara en él. El tipo de la pistola mordió las palabras de su respuesta:

—Hombre listo y prudente, ¿eh? De modo que somos ratas... Puede, pero, desde luego, mordemos.

—Pregúntaselo a tu amigo, el que creyó sorprendernos afuera —añadió ferozmente el *beatnik* moreno, que blandía la palanqueta. Trant sintió un ligero escalofrío, pero fue Parry quien casi chilló:

—¿Qué le han hecho?

—Hal le cascó...

—¡Cierra la boca, idiota! —ordenó el llamado Hal ferozmente. Y mientras el otro le obedecía, hosco, añadió, entre jactancioso, maligno y siniestramente burlón, mirando a sus prisioneros—: Un

tipo duro con una magnífica pistola, pero cometió un pequeño error, y ahora ya no cometerá más errores. Tampoco vosotros vais a cometerlos, ¿verdad? Sois asquerosamente prudentes, le tenéis un cochino apego a la vida...

Rio de un modo que no indicaba nada bueno para los tres que ahora les miraban, cual no dando crédito a sus sentidos; y los otros le hicieron coro. Las mozas ya estaban a espaldas de Trant y de Parry.

—Coged cualquier cosa y atadlos —les ordenó Hal. Con la mirada, Trant le pidió prudencia a Parry. Jill también estaba dándose cuenta de la situación y, desde luego, no le gustaba lo más mínimo.

Hal se fue a tumbar desmañadamente en uno de los psicodélicos asientos, pero sin, por eso, dejar de apuntarles. Lo mismo hizo el rubio, con una mueca de dolor, que no se le escapó a Trant. Aquellos dos iban heridos, sin duda, Clever tuvo tiempo de dispararles antes de que le mataran. Debió de engañarse pensando que sólo se las estaba viendo con unos vulgares merodeadores, y eso le resultó fatal, cosas que pasan...

—De modo que habéis asesinado a un hombre —comenzó a hablar despacio, y tuteándoles. El llamado Hal no sólo le miró fijo, sino que también le apuntó el arma.

—Así es. ¿Tienes algo que objetar?

—Yo, no. Pero la policía sí que tendrá, bastante.

Hal rompió en una ruda risotada. Falsa.

—¿Habéis oído? El tipo opina que la policía tiene que enterarse. Claro, él y sus amigos se lo contarán... —rio de nuevo, ahora ominoso; le rebrillaban, salvajes, las pupilas—. Por eso se mantiene tan tranquilo, ¿no le veis? Sólo somos ratas, ya lo dijo...

Trant estaba muy lejos de sentirse tranquilo. En efecto, eran ratas, sucias ratas, salidas de cualquier albañal ciudadano, sin nada que perder y con todo por ganar, ratas cobardes y, por lo mismo, peligrosas. Habían cometido un asesinato, estaban lanzados, no iban a vacilar en matarles también a ellos tres para cubrir, en cierto modo, su primer crimen. Y todo aquello resultaba un sarcasmo tan cruel para él, que casi estuvo a punto de echarse a reír, pensando en lo que le había costado, y a otros, el poder llegar hasta allí aquella noche..., para lo que ahora afrontaba.

Las dos mozas se habían agenciado algo para ligarlos. Tanto ellas como sus compinches chorreaban agua por todas partes. ¿De dónde habían salido, en esta noche lluviosa? Tal vez habían planeado asaltar la casa con anticipación, pero Trant conocía lo bastante a aquella clase de jóvenes salvajes para sospechar que probablemente no fue así. Vieron la casa solitaria, y decidieron que valía la pena de hacerle una visita, amparados por la lluvia y la oscuridad, para desvalijarla...

Obedeció cuando le ordenaron echar las manos atrás. No sentía ningún deseo de morir fulminado, o de cualquier otra manera, antes de tiempo. Y aquel tipo, Hal, el matador de Clever, llevaba impreso en el rostro un feroz deseo de seguir matando; simplemente le había tomado el gusto a la sangre vertida. Los dos otros valían poco, las chicas eran una incógnita. La morena que lo estaba atando era muy guapa, y había en su boca mucha joven maldad...

Sabía hacer nudos. Le apretó el cordel en las muñecas hasta casi cortarle la circulación de la sangre, y luego se le puso delante con un gesto cínico, provocativo.

—Así que somos ratas —dijo suave y con rápido ademán le clavó las afiladas uñas en la cara.

Trant vio venir el ataque, y echó la cabeza atrás, cerrando los ojos, de modo que las uñas de la moza le fallaron allí, aunque sí le rasgaron las mejillas de un modo muy doloroso.

Instintivamente, contraatacó. Su golpe envió a la moza hacia atrás como catapultada, pegando un chillido de dolor. Le cayó encima al de la palanqueta, medio desarbolándolo.

El rubio de la navaja se levantó, y vino sobre Trant, con asesinas intenciones, pero no se movió el único realmente peligroso. Estaba vigilando toda la escena, se le notaba divertido, pero con su pistola refrenó a Parry y a Jill, dejando a sus compinches encargarse de Trant.

Este se tiró al suelo de espaldas en el momento justo, y recibió al rubio con una doble patada fulminadora. Alcanzado de lleno, aquel tipejo aulló, se dobló, soltó la navaja y se fue para atrás con violencia, chocando contra una delicada muestra de la porcelana oriental, que se hizo añicos, volviendo a aullar al caer a tierra sobre el hombre herido.

El de la palanqueta ya estaba en acción. Saltó sobre Trant, y le descargó un golpe asesino sobre el cráneo.

Trant giró sobre sí mismo, eludiéndolo por apenas tres centímetros. Recibió el golpe en el hombro derecho, y le pareció que se lo destrozaban, pero no fue sino un dolor violento, que casi le mareó. Mientras buscaba aire, por el rabillo del ojo vio cómo el *beatnik* se disponía a golpearle de nuevo, con mejor puntería.

—¡Quieto, Kit!

El tipo se quedó a media acción, y volvió su cara malhumorada hacia la muchacha morena. Ella ya estaba repuesta del golpe recibido.

—¡Vete al infierno, Sue! Le voy a reventar el cráneo...

—Si lo haces, te clavo.

Ella empuñaba ahora una mortífera navaja automática, de tal modo que daba a entender que sabía lanzarla con mucha puntería, y estaba casi a la espalda de su amigo. El llamado Kit vaciló, tragó saliva... Los demás, sobre todo Trant, pusieron vivo interés en la escena.

—¿Qué te pasa a ti? Oye, Hal, métela en cintura...

El de la pistola se había puesto fosco, gruñó:

—Kit tiene razón, Sue. ¿A qué viene eso?

—Lo quiero para mí. Es mi parte del botín, ¿entendido? De él yo me encargo, y nadie lo va a tocar.

Trant no sintió ninguna alegría, al escuchar sus palabras. Aquella gata salvaje había puesto la suficiente crueldad en su tono como para que no le cupiesen dudas acerca de sus proyectos. Y sus compinches debieron entenderlo, pues Hal volvió a reír de aquel modo efectista y brutal. El llamado Kit se aplacó de mala gana, y el rubio se levantó, haciendo muecas de dolor, mientras miraba, malévolamente, a Trant.

—¡Vaya! Así que elegiste... —parecía divertido Hal, muy divertido—. Bueno, Sue, tuyo es. Amigo, no te arriendo la ganancia. Sue trabajó en un circo, y es una artista con la navaja. Cuando termine contigo, serás digno de ver...

La moza acercóse a Trant, poniéndosele ahora encima. Vista así, era una curiosa mezcla de sexualidad violenta y precoz, maldad femenina, crueldad, desafiante interés...

—Hal tiene razón —dijo despacio—. Voy a pasar una noche espléndida contigo, amor..., y sabrás cómo muerde esta rata.

Alzando el pie derecho, se lo puso encima de la cara. Viendo venir el daño, Trant hizo lo imposible por aminorarlo. Afortunadamente, ella no usaba tacones, pero aun así, le reventó despacio la nariz y los labios, con sádica fruición, apretando y refregando el sucio tacón de sus gastadas botas. Fue una tortura lenta y medida; a través de su dolor, el agente secreto lo notó. Ella no tenía prisa...

—¿Te ha gustado la caricia? —Sue le miraba con una luz rara, de gozo salvaje, en los bellos ojos y respingando los labios—. Sólo es un comienzo, amor... Sólo un comienzo...

Los demás contemplaban ahora la escena como fascinados. Fue Hal el que rompió la morbosa contemplación.

—Basta de eso ahora, Sue. Gene y yo estamos agujereados, id a buscar algo para curamos, daos prisa. Os lleváis a ésa para que os indique dónde tienen el botiquín.

Sue reaccionó despacio, dejando a Trant en paz, y encarándose con Jill, que no pudo sostenerle la mirada, asustada como estaba, aunque no quería que se lo descubrieran.

—Vamos, tú —le ordenó, fría y serena de nuevo—. Kit, acompáñanos. Si le entran veleidades, jugaremos un poco con ella.

Terminó su orden adelantando la navaja y pinchando a Jill en una nalga. Jill gritó y corrió a la salida del estudio, pero Kit le puso una zancadilla y casi la derribó, haciéndola trompicar. Rieron a gusto los *beatniks*, incluso los heridos...

Ratas, desde luego, pero ratas rabiosas, capaces de todo. Rich Trant estaba ahora convencido de que el destino acababa de jugarle una pasada estúpida y cruel.

CAPÍTULO VI

TRANT y Parry se encontraban ahora boca abajo en el piso del estudio, el primero sobre su propia sangre ambos rumiando en silencio su amargura. La moza rubia había despojado al llamado Gene de sus ropas. Aquel tipejo no era ningún héroe para el dolor físico, desde luego, pero además, Trant lo descubrió por el rabillo del ojo, estaba seriamente herido en la parte alta del brazo izquierdo, con todo aquel lado del cuerpo empapado en sangre. Se desmayó mientras le quitaban la sucia camisa.

Hal, el que parecía jefe de la banda, era mucho más duro. El mismo se despojó de su chaquetón, dejando al descubierto una serie de amuletos totalmente *beatniks*, entre los cuales destacaban la siniestra insignia de las SS nazis, cruces gamadas, el emblema de la Totenkopf... Al quitarse la ropa interior, dejó al descubierto un torso fornido, pero curiosamente lampiño, lleno de tatuajes obscenos, mezclados con más símbolos nazis. Tenía mucha sangre en el costado izquierdo, y gruñó, mirándose la herida:

—El maldito bastardo, por poco me mata... Deja a ése, y ven a limpiarme la herida con algo. O mejor, tráeme de beber.

La rubia le obedeció con diligencia, llenándole un vaso de agua con el caro whisky de Parry y trayéndoselo. Hal volvía a empuñar la pistola, y ni un solo momento dejó de vigilar a sus prisioneros. Bebió, ansiosa y brutalmente, chasqueando la lengua al final.

—Buen licor tienen éstos... Toma, bebe.

Mientras bebía la moza, retornaron con Jill los otros dos *beatniks*. La morena traía un botiquín de urgencia, y Kit había cargado con una sábana de hilo. Jill venía pálida...

—¿Cómo estáis? —inquirió Sue, mirando a las heridas de sus compinches con absoluta indiferencia. Hal le contestó broncamente, con un encogimiento de hombros:

—Ya lo ves. Gene se desmayó, así que curadme a mí primero.

Sin hacer comentarios, mientras Kit tomaba posiciones de vigilancia con la pistola de Clever y la palanqueta, las dos mozas comenzaron a limpiar la sangre de Hal...

—Sólo es un arañazo hondo —le dijo Sue, con aquella curiosa indiferencia hacia las heridas y la sangre.

Con manos hábiles, lavó y desinfectó la herida, vendándola primero con vendas de gasas, finalmente con tiras de la fina sábana de hilo. En toda la cura, Hal no se quejó una sola vez, aunque sudaba copiosamente y bebía mucho. Trant se dio pronto cuenta de que el mozo asesino estaba sosteniendo el tipo ante sus compinches.

En cambio, el llamado Gene sí que gritó y se quejó cuando le curaron. Desde luego que su herida era bastante más seria, tenía el hombro atravesado y al parecer roto el hueso de la clavícula. Como fuera, volvió a desmayarse antes de que le terminasen la cura.

En alguna parte de la casa, un reloj antiguo, de pared y carillón, dio, lentas, once campanadas. A todo alrededor, a distancias que oscilaban entre los mil y los dos mil quinientos metros de la casa, una veintena de hombres del Servicio Secreto y el FBI se encontraban a la expectativa, aguardando las señales que les avisaran el éxito de su compañero y sin sospechar, al parecer, que un puñado de jóvenes salvajes, de las peores ratas de la ciudad, se habían metido en la trampa por su propia cuenta, y estaban a punto de hacer cisco una delicada y compleja operación, en la que muchos hombres habían trabajado cuidadosamente durante muchos meses. Otros individuos, en número indeterminado, se hallaban también alerta cerca de la casa, amigos de sus inquilinos, igualmente ignorantes de lo que sucedía. Era tan absurdo, tan inconcebible, como para echarse a llorar... de risa y de rabia.

Al terminar las curas, Sue se levantó, limpiándose las manos despacio, y dijo:

—La casa está llena de todo, al menos por lo que hemos visto. La nevera repleta, y además hay un congelador grande, con alimentos para un mes, todo de primera calidad.

—Esta gente viven muy bien —añadió Kit—. Deben tener mucho dinero.

—Excelente —Hal parecía del todo repuesto y animado—. Entonces, nos quedaremos unos días.

—¿No será peligroso?

—¿Peligroso? ¿Y por qué? Somos invitados de los dueños, ¿no es así? Ellos están aquí para probarlo. No iríamos muy lejos con estas heridas, y Gene ya veis cómo se encuentra, de modo que nos quedaremos el tiempo necesario para curarnos lo suficiente. Mientras, comeremos, beberemos y nos, daremos la gran vida. Ellos habrán de ayudarnos, naturalmente. Contestarán al teléfono, recibirán a las visitas... y se mostrarán muy prudentes, porque, a la menor imprudencia suya, los liquidaremos. Sus vidas protegerán nuestra comodidad.

Rio, al terminar. Y los otros le imitaron. Parecían |muy satisfechos, seguros y confiados...

—Abajo se estará mejor que aquí —dijo Sue—. Hay de todo.

—¿A qué esperamos, pues? Tengo hambre. Vosotros, amigos, levantaos.

Trant y Parry obedecieron con dificultades. Por el momento, sus vidas estaban a salvo, así como la de Jill, porque los *beatniks* les necesitaban para ocultar su presencia en la casa; debían imaginarse que de tal modo iba a serles fácil permanecer allí. Naturalmente, se reservaban el asesinarlos antes de marcharse; pero carecían de la necesaria inteligencia, también de la experiencia de los delincuentes profesionales; vicio y violencia al máximo eran sus metas y su religión, vivían como animales selváticos, al margen de todas las leyes, sin importarles el mañana... Les condujeron directamente al living. Y una vez allí, Sue probó ser fértil en sádicas ideas.

Acercándose a Trant, cuya sangre entretanto se había secado sobre su boca y narices, se puso en jarras mientras lo contemplaba de aquel modo burlón, incitante y cruel. Luego le dijo:

—Ya lo has oído, vamos a tener tiempo para divertirnos. De modo que nos vamos a divertir un poco, tú y yo.

Los demás *beatniks* miraban y parecían sólo divertidos, indiferentes. Parry y Jill, en cambio, demostraban a las claras en sus expresiones los que estaban pensando...

—Siéntate en el piso.

Trant obedeció, con los dientes apretados. Creía saber a dónde iría a parar la moza salvaje. Ella debía de haber estado rumiando mucho su plan, porque tomó unos cordeles delgados, pero muy fuertes, que estaban sobre una delicada mesita oriental, y antes no estuvieron allí.

—Acerca el pie ahí.

En pocos momentos, ambos pies de Trant quedaron totalmente inmovilizados, pegados a las patas de una recia mesa, la mayor de la casa, un mueble caro y costoso del arte colonial del siglo XVIII. Como de pata a pata había un metro de distancia, sus piernas resultaban abiertas al máximo posible. Los delgados y fuertes cordeles apretaban sus tobillos contra la madera, provocándole una aguda sensación de dolor.

Pero lo peor era la humillación. Aquella táctica la habían utilizado las lobas de la Gestapo con los prisioneros políticos en los tiempos sombríos; ahora estos muchachos salvajes y crueles, hez de una sociedad opulenta y supermaterialista, gozaban aplicando tales torturas a sus víctimas, y así se autoconsideraban superiores, fuertes, *durs de durs*...

—Kit, acércame esa silla y ponla con el respaldo hacia abajo. Si no se está quieto, atízale, pero lo justo.

—Lo haré con mucho gusto...

Trant dominó un loco deseo de resistirse. No merecía la pena, había que ganar tiempo. Encontraría un medio de soltarse, de avisar a sus compañeros lo que estaba sucediendo dentro de la casa, el tiempo trabajaba para él...

¿Para él? Sus compañeros sabían que entró allí a colocar el microscópico y ultrasensible aparato que serviría de «cerebro» coordinador a la red de otros no menos sensibles y pequeños, pacientemente colocados alrededor de la casa para captar hasta el último murmullo que allí dentro sonara. Sabían que igual podría hacerlo aquella noche como a la siguiente, o tal vez nunca. No se iban a precipitar en venir...

Los otros, probablemente tampoco. Sin embargo, la muerte de Clever representaba una incógnita. Sin duda, en alguna parte, en la casa o en sus inmediatos alrededores, existía alguna radioemisora, algún medio de comunicarse con Asia. No había podido ser

detectada por los más perfeccionados aparatos, pero debía existir, era inevitable, pues de algún modo los de la casa debían comunicar, cada día y cada noche, a intervalos regulares, el tranquilizador «sin novedad». Cuando fallara una de tales comunicaciones, se dispararía automáticamente el mecanismo de defensa...

—Listo. Ahora, prueba a soltarte.

No podría, así como así. Sue sabía cómo atar a una persona para bien torturarla, sobre eso no le cabían ya dudas. Tras soltarle las manos previamente le retorció los brazos, metiéndoselos entre las maderas de la fuerte silla puesta boca abajo, y ligándolo por los sobacos y las muñecas. Apenas recién atado, calambres dolorísimos le recorrieron el cuerpo, y comenzó a brotarle un frío sudor.

Sue le contempló con gesto satisfecho y cruel, pasándose la rosada lengua por los labios en un gesto implacable, fascinante. Sin duda, se regodeaba pensando en lo que iba a hacerle...

—Espero que estés cómodo —le dijo, suave. Los demás *beatniks* le rodeaban ahora, parecían muy divertidos, totalmente olvidados de cualesquiera otros intereses inherentes a su propia situación. Hal rio y le propinó una dura patada en el costado.

—Está comodísimo —dijo—. ¿No lo ves? Eres estupenda preparándole la cama a un hombre, Sue...

Luego, fueron por Parry. El compositor cometió la estupidez de intentar una inútil resistencia, le cayeron encima como perros rabiosos, y lo golpearon sádicamente hasta que perdió el conocimiento. Pegaban todos, a compás, pero no le dieron en la cara, eso lo evitaban cuidadosamente. Sólo el rubio, que había vuelto en sí, permaneció vigilando, navaja en mano, a Jill, que estaba lívida, rígida, mirándolo todo con la boca apretada...

Ataron al inconsciente Parry rápidamente, en aspas y boca arriba, a los muebles del living. Y entonces se dedicaron a Jill.

—¿Con cuál de los dos estás casada, tú? —le preguntó Hal con una mueca torva. Y antes de que ella pudiera contestar, se adelantó Trant, tratando de evitarle lo que de todos modos era inevitable:

—Conmigo, cerdo. Déjala en paz o te mataré.

Todos se volvieron a mirarle, con expresiones de antología. Caras infrahumanas, sonrisas torvas, cínicas, ojos chispeantes de malignidad... Hal parecía vibrar ahora, cuando rasgó las palabras:

—¿Tú me vas a matar? ¿A mí?

Se fue derecho a Trant, pero no llegó a golpearle, como pretendía. Sue se lo impidió, sujetándole por un brazo.

—Déjalo.

Hal se revolvió como una fiera, y fue a golpearla. Pero se quedó con la mano en el aire..., porque la punta de la navaja automática que la moza llevaba metida en una funda especial en la cintura se encontraba ahora pinchándole el hígado.

Hubo un curiosísimo duelo de voluntades, patente sólo en el choque de miradas, que tal vez durara dos segundos, tres acaso. Finalmente, muy a disgusto, con la expresión sombría, Hal aflojó.

—¿Me pincharías, por él?

Parecía bastante desconcertado. Sue asintió, con la misma actitud fría y fiera.

—Os dije que me pertenece, ¿verdad? Dejadle que grite, o insulte, eso no va a causarnos ningún daño.

—Sí, claro... —Hal pareció aceptar la situación, pero muy lentamente. Le tiró a Trant un salivazo a la cara y le gruñó—: Grita lo que quieras, amigo. Vas a tener ocasiones de hacerlo...

—Tú ten cuidado. O te llenaré de tatuajes, espolvoreándote luego pimienta sobre ellos —le advirtió Sue a Trant, al tiempo que le arañaba en la mejilla con su navaja, deliberadamente despacio.

Lo que siguió no fue precisamente una versallesca escena. Trant ya se lo esperaba, pero necesitó, aun así, de toda su fuerza de voluntad para no ponerse a gritar como un loco.

De todo aquel grupo, tan sólo Gene no estaba para fiestas. El rubio se dejó caer con desmadejamiento en uno de los cómodos sillones, y se puso a beber a morro de una botella, con su brazo izquierdo en cabestrillo.

Pero todos sus compañeros...

Aquella era una situación alucinante, de pesadilla, para el agente secreto. Sabía que muy cerca, casi al alcance de su grito, muchos de sus colegas esperaban pacientemente bajo la lluvia a que les transmitiera la señal convenida para actuar; muchos hombres duros y eficientes, poderosamente armados, para quienes aquel puñado de ratas rabiosas nada significaban, como enemigos...

Y no podía advertirles lo que allí dentro estaba sucediendo, ni siquiera hacer nada por sí mismo, por su propia vida. Todo fue imaginado, previsto..., excepto que un puñado de hippies salvajes habrían de introducirse en el juego en el momento más inoportuno, cuando su intromisión podría tener mayores y más irreparables consecuencias para el buen éxito de la importantísima operación. Era como para volverse loco...

Finalmente, los hippies rodearon a Trant, cogidos todos ellos por la cintura. Cinco caras contraídas por toda la gama de los instintos más bestiales. Se limitó a apretar los dientes y contemplarlos con intensa fijeza. No le gustó a Hal, que le dio una patada en el costado.

—Tienes que entenderlo de una vez, bastardo —amenazó—. Estáis en nuestro poder, somos los amos, te arrancaremos el pellejo a tiras, si así nos places, y sólo podrás hacer una cosa, chillar.

Luego añadió una sarta de insultos y, como si de repente hubiera recordado un par de cosas, le exigió a Jill que les sirviera la mesa a él y a sus compañeros.

Ella jadeaba, lívida, pero se guardó muy mucho de protestar. Sin duda, también se había hecho el ánimo. En cuanto a Parry, debía haber vuelto en sí, pero manteníase en silencio, escarmentado por la brutal paliza recibida, adolorido y consciente de su total indefensión.

Era aquélla una situación enloquecedora para los tres cautivos, sin lugar a dudas. Cuando estaban jugando un gran juego, algo de primera categoría, y verse súbitamente atrapados, anulados, humillados al máximo, por una pandilla de jóvenes *beatniks*, a quienes en circunstancias normales habrían mirado con el mayor desprecio, sin concederles ninguna beligerancia...

CAPÍTULO VII

LOS cinco asaltantes se comportaron como animales. Tras forzar a Jill a servirles la mesa, se pusieron a devorar hambrientamente los caros y exquisitos alimentos que había en el frigorífico de la casa, bebiéndose como lansquenets los no menos caros y ricos vinos europeos. Sentados de cualquier manera en los asientos que más les plugieron, semidesnudos, tatuados, desgredados, ellos torvos, comiendo adrede con las manos en bestial exhibición de su desprecio por todas las normas civilizadas de conducta, le producían a Trant la extraña y curiosa impresión de jóvenes bárbaros saqueando la «villa» de un rico propietario romano. Las mozas demostraban menos bestialidad que sus compañeros varones, pero su conducta aún resultaba más repulsiva, recalcando la de ellos. Desde luego, resultaba del todo imprevisible su comportamiento.

La orgía fue en aumento a los ojos de los dos hombres atados en tierra. Trant sentía tal entumecimiento de todo su cuerpo que el agudo dolor de un principio ya había dejado de ser insoportable, convirtiéndose en placentero. Le ardían las sienes, tenía una sed loca, un regusto a sangre en las fauces, la piel como viscosa de frío sudor, calambres continuos y martillazos, punzadas, atenazamientos, repercutíanle en el cerebro sin cesar. Sabía que su espantosa tortura apenas si comenzó, y no se forjaba ninguna clase de ilusiones; su mente procuraba polarizarse en una sola idea, aferrarse a ella a toda costa para poder resistir el dolor. Tenía que conseguirlo, o estaría perdido...

No podía ver el rostro de Luther Parry, pero tenía la certeza de

que el músico debía encontrarse tan mal como él mismo, o caso peor. En cuanto a Jill, soportaba la humillante tortura como una autómatas, la boca apretada, lanzándole de vez en cuando miradas furtivas y cargadas de toda una gama de sentimientos. De cuando en cuando, los machos de la horda la manoseaban o pellizcaban entre insultos y risotadas, dirigidos tanto a ella como a Trant, igual que viejos soldados borrachos a una moza de mesón. Sue era la única que no la molestaba, salvo para obligarla a servirle. Se había sentado pegada a Trant, y casi todo el tiempo permaneció contemplándole mientras comía y bebía, ambas cosas despaciosamente. El agente secreto advirtió que era la única que no estaba medio borracha.

—Dinos una cosa, tú —preguntó Hal en un momento dado, a Jill, con una nota ronca de borracho agresivo en la voz—. ¿Tenéis algo de droga por aquí? Lo que sea...

Jill le contestó que no tenían nada de aquello, y debió soportar un golpe brutal que la hizo gemir, cayéndose contra la mesa.

—Maldita sea, es lo único que nos falta para completar la fiesta. Un poco de «nieve», o marihuana, aunque fuera aquella porquería asquerosa que lográbamos en Frisco... —gañó la rubia. Hal se encogió de hombros.

—Hay que conformarse con lo que tenemos, al menos por esta noche —dijo—. Mañana, alguno de nosotros irá a la ciudad a conseguir una buena provisión. Usaremos el coche y el dinero de nuestros anfitriones, que nos lo cederán muy gustosos, ¿verdad?

—Será mejor que no nos arriesguemos...

—No seas gallina, tú. No habrá ningún riesgo. Ellos nos abrirán su caja fuerte, Kit y Vinnie harán el viaje, y nosotros quedaremos aquí, aguardando su regreso. Podrán estar de vuelta al anochecer.

—¿Qué haremos con nuestro coche? No vamos a dejarlo en la carretera, podría despertar sospechas.

—Seguro. Kit lo traerá temprano, antes de que aclare, y lo guardaremos en el garaje. No es un coche como el vuestro, amigos, sin duda, pero nos ha estado sirviendo, mal que bien...

A Hal se le estaba soltando la lengua, con el mucho licor ingerido. Eructando adrede, como en una afirmación de su bestialidad dominadora, relató a sus prisioneros, de manera jactanciosa, las aventuras del grupo desde que algunas semanas

atrás decidieron unirse para ir por el ancho mundo viviendo a su aire.

—Cada uno de nosotros andaba por su lado, ya sabéis lo que es eso, ¿verdad? Aunque no, desde luego, no lo sabéis, sólo sois unos asquerosos burgueses repletos de dinero y de conveniencias sociales, cochinos miembros del gran rebaño de los que están a gusto con el Sistema...

No eran exactamente aquéllas sus palabras, sino otras infinitamente más crudas y soeces, elegidas con toda deliberación en las sentinas del idioma, y lanzadas como disparos a la cara de sus prisioneros. Sus compinches le escuchaban con esa extraña actitud, entre ausente y feroz, que distingue a tal clase de gente. Hubiérase dicho, contemplándoles, que todo aquello les provocaba una mezcla de placer voluptuoso y absoluta indiferencia.

—No, vosotros no podéis conocer todas las maravillosas experiencias que vivimos los ya iniciados...

Dejando aparte sus notorias exageraciones en el increíble relato que siguió, aún quedaba una repulsiva sucesión de brutalidades, salvajadas, latrocinios, atracos a mano armada, violaciones, sadismo..., todo ello a escala abyecta, cobarde, pobretona y sin altura. Un puñado de ratas rabiosas...

De vez en cuando, uno de los compinches de Hal, con la excepción de Sue, le interrumpía para apostillar su relato con lo que más parecían hinchados embustes que otra cosa, jactancias de homúnculos tratando de arrogarse poderes y hazañas a los cuales nunca, por la mera realidad de sí mismos, lograrían llegar, salvo en sueños. Todos, menos Sue...

Ella se mantenía clara, deliberadamente distanciada del cuarteto de sus amigos. Bebía muy poco, aún hablaba menos y le dio a Trant la vívida impresión de que estaba rumiando sólo ella sabría, con el diablo, qué nuevas e insólitas atrocidades para divertirse a costa de él. Sabiendo como sabía que le escogió para conejillo de Indias, al agente secreto pensar en ello le ponía los pelos de punta.

—Aquel día, en Elnora, cuando entramos en la casa de aquel par de viejos estúpidos...

Ahora Hal daba la impresión de no tener ninguna prisa, de encontrarse a sus anchas y disfrutar con la situación, con sus relatos, a los que a todas luces concedía el valor de una presión

psicológica atemorizadora.

A veces se detenía como paladeando una nueva frase, dejaba que el silencio penetrara en los cerebros de sus víctimas, junto con el monótono sonido de la lluvia cayendo allí afuera y el bronco ruido del oleaje muy abajo, al pie de los acantilados. Entonces sus compinches callaban, adrede, dejando que duraran aquellas pausas de silencio...

Tratábase de una táctica muy empleada por los nazis, y que, sin duda, aquellas ratas humanas habían aprendido en los libros que detallan minuciosamente sus atrocidades, esos libros que han caído como alud sobre Occidente, y cualquiera puede adquirir en cualquier librería, sin ninguna limitación, incluso donde tan sólo parece contar, entre todos, el sexto mandamiento...

—...Entonces le dije a Gene que la cogiera por los cabellos y la arrastrara por encima de la gravilla. Os aseguro que aullaba tan alto como si la estuvieran degollando...

Un puñado de ratas rabiosas... Ninguno de ellos, con la posible excepción de Hal, había, sin duda, alcanzado la mayoría de edad legal. Y allí estaban, jactándose de «hazañas» que en cualquier otra época menos civilizada, en países menos civilizados que Estados Unidos, habrían resultado poco menos que increíbles para todo el mundo; pero que en Estados Unidos de la década de los sesenta, finalizándola ya, iban siendo el pan nuestro de cada día, en todas partes...

—...Les robamos hasta los zapatos, y luego les apaleamos hasta que nuestros brazos se cansaron de pegar...

Más de la mitad de lo que blasonaban eran embustes o burdas exageraciones. ¿Y qué? Sobraba con lo restante.

Finalmente, incluso la facundia verbal de Hal se agotó, y toda la horda quedó sumida en un hosco silencio cargado de malos augurios para los tres prisioneros, que esperaban, al menos dos de ellos, locos de pavor, imaginándose muy bien cuál iba a ser el final de aquella salvaje orgía.

Como Trant imaginó, fue Sue quien se decidió a romper el *impasse*.

—Puesto que ya os habéis cansado de fanfarronear, me parece que es hora de que volvamos a divertirnos —dijo con su voz de tono metálico y cruel, mirando fijamente al agente secreto que era

su presa—. Por mi parte, sé muy bien lo que quiero, y voy a hacerlo.

Levantándose, se colocó delante de Trant con las piernas abiertas y los brazos en jarras. Su mirada tenía una increíble crueldad, al agente secreto le recordó la de una pantera en celo. Los otros la miraban como fascinados también, cual sintiendo su superioridad. Hal inquirió, ronco:

—¿Qué vas a hacerle?

—Ahora lo veréis.

Dio media vuelta, y salió de allí, seguida por todas las miradas. Mientras encendía despacio uno de los cigarrillos turcos de Parry, Hal le dijo a Trant con malignidad:

—Prepárate, amigo. Sue es algo grande...

Eso ya lo sabía Trant por experiencia, y comenzó a sudar frío, sin poder evitarlo. Por su parte, los *beatniks*, con aquélla su curiosa facilidad para pasar de la más feroz exaltación al más profundo pozo de apatía en unos instantes y casi sin transición, se quedaron encalmados, aguardando el regreso de su compañera y, de paso, acumulando reservas de malignidad y goce morboso para una nueva explosión.

Sue tardó exactamente diez minutos en retomar. Traía en la mano derecha un instrumento especialmente diabólico, que sólo a una mente como la suya, tan perversa, se le pudo ocurrir improvisar. Un simple colador metálico de café al que le había arrancado el aro, dejando la trama de finos alambres unida al mango y éste a su vez acoplado al de una espumadera. Las puntas de alambre quedaban sueltas por todo el perímetro de la red de metal, como cabellos.

Rich Trant supo inmediatamente lo que le esperaba, y tragó aire con ansia. Pero aun así, el primer golpe le hizo aullar..., por más que no fue aplicado con real violencia.

Y la abominable tortura continuó...

Rich Trant había leído algo en los archivos y las bibliotecas acerca de tal tipo de torturas, inventadas en los campos nazis de exterminio por seres que nada tenían que envidiarles, en lo moral y civilizado, a este puñado de muchachos que les habían capturado por sorpresa. En el Servicio Secreto lo habían endurecido a fondo para que pudiera soportar toda clase de dificultades, torturas

incluidas, pero se les olvidó algo como aquello que ahora estaba sufriendo. Resultaba duro de imaginar, incluso para los policías, que en la propia nación norteamericana existieran seres capaces de idear, y ejecutar, tales cosas...

Lo soportó todo, hasta el final. Sudaba copiosamente, y el terrible dolor de sus haces nerviosos, el retorcimiento cruel de su cuerpo, llegó a tal calidad de sufrimiento, que lo acercó al éxtasis. Todo su ser parecía haberse vuelto focos de sensibilidad exacerbada, una pura agonía. El aire que entraba en sus pulmones se le volvía en ellos fuego y lija, las venas de las sienes dábanle la impresión de que iban a reventar a cada palpitación, los riñones le dolían como si se los estrujaran con una llave inglesa, notaba perfectamente el violento, arrítmico, golpeteo de su corazón contra la caja de su pecho, corrientes de fuego y frío, alternativas y veloces, le recorrían la espalda desde la rabadilla hasta la nuca, deseaba aullar y morder...

Por fin, y al cabo de un tiempo que se le antojó infinitamente largo, pero que tal vez en la realidad no duró sino algunos minutos, la alucinante situación se consumó. El agente secreto sintióse invadido por una ola cálida y sumamente dolorosa, que fue a chocar contra su nuca, envolviéndolo en bienhechora suavidad.

Los *beatniks* tardaron un poco en advertir que se había desvanecido. Fue Sue quien lo notó primero, y cesó en su castigo, mientras los demás se echaban adelante, desconcertados por el brusco fin de la fiesta.

—¿Está muerto? —inquirió la rubia, muy excitada. Se le había afilado la cara de modo curioso, ahora si semejaba de veras una rata, con el labio superior arremangado y el hocico saledizo. Hal soltó una brutal interjección.

—Hazle volver en sí —exigió—. Despiértalo, y que continúe la diversión.

Pero sin lugar a dudas, Sue dominaba a sus compinches, lo volvió a probar, afrontándolos como una domadora a un puñado de fieras.

—Dejadle en paz. ¿Por qué no os dedicáis vosotros a esos dos?

Parecieron sopesar su sugerencia. Tanto Parry como Jill habían sido medio olvidados, y ahora sintieron sobre sí aquellas miradas de animal salvaje.

Pero Hal no terminaba de tragarse la idea de que un miembro del grupo se las tuviera tiesas, a él, que acababa de matar a un hombre.

—Escucha, Sue...

—Déjala, hombre; después de todo, tiene derecho. Nosotros podemos entretenernos con esos dos.

Los *beatniks* se enzarzaron en animada discusión. No hablaban, rasgaban el idioma, inundándolo de obscenidad, virulencias verbales y afirmaciones, sugerencias, comentarios, que para un psicólogo habrían resultado inapreciables, a fin de completar el cuadro clínico de su personalidad. Mientras, cuatro de ellos seguían bebiendo como cerdos. Hasta que Sue lo zanjó:

—Kit, ayúdame a desatarlo y llevarlo a uno de los cuartos...

CAPÍTULO VIII

RICH TRANT volvió en sí para encontrarse atado a una mullida cama en aspa y decúbito supino. Un silencio completo lo envolvía, y su primera sensación fue de casi bienestar.

Pronto advirtió que alguien, echado a su lado, estacha acariciándolo. Y al lograr que se aliviaran lo suficiente sus sentidos, descubrió a Sue sentada en el lecho, con sus largos cabellos sueltos y peinados, acariciándolo y contemplándolo con una muy extraña expresión. Trant no cometió el error de abrir los ojos o dar señales de que había recuperado la consciencia. Necesitaba tiempo para reponerse de la tortura, y no quería que la moza salvaje advirtiera su recuperación. Pero además, tal vez así descubriría el porqué de su extraño comportamiento actual.

Comenzó por una serie de ligerísimas flexiones de manos y pies para comprobar la solidez de sus ligaduras, y así advirtió que eran menos crueles que las anteriores. También su cuerpo, tremendamente dolorido por otra parte, sentía el relativo alivio de hallarse del todo extendido sobre un blando lecho. Le palpitaban los pulsos con mucha violencia, le costaba trabajo coordinar ideas, tenía los músculos agarrotados..., pero, con todo, su situación era mejor.

Aprovechando un momento en que Sue no le miraba, descubrió que estaban solos, en una de las habitaciones de huéspedes. También notó, entre asombrado e incrédulo, dos o tres detalles del todo inesperados en el comportamiento de la moza.

Lo estaba acariciando de un modo suave, casi tímido, como lo haría una enamorada. Y su expresión era dulce, ensoñadora,

inesperadamente tierna y femenina. Además, canturreaba sin cesar, entre dientes, tonadas viejas, románticas.

Trant la dejó hacer. Necesitaba ganar tiempo y, ahora, al menos no era torturado. Además, un sexto sentido estaba avisándole que aquella muchacha sádica, feroz, poseía una muy acusada doble personalidad. Ahora, en la soledad del cuarto, creyéndole inconsciente, estaba dejando suelta a la segunda.

Eso, él, sólo le podía convenir.

De hecho, Sue le había lavado cuidadosamente, con agua y vinagre, el cuerpo una vez quedaron solos, al marcharse Kit, tras ayudarla a traer a Trant y atarlo en la cama. Ella misma tomó una ducha fría, se cepilló el cabello cuidadosamente... Actuaba como oficiando un rito, con las pupilas, antes hinchidas de crueldad, ahora húmedas. Se la diría en trance...

Tras curar al agente secreto las heridas que poco antes ella misma le infligiera, se había puesto a acariciarlo, a darle besos menudos y suaves, de enamorada, absolutamente limpios. Pero de cuando en cuando, sus bellos ojos buscaban el rostro del hombre desvanecido, acechando su vuelta en sí.

Trant evitó cuidadosamente que pudiera descubrirlo. Estaba muy intrigado por la conducta de la moza salvaje, por aquella ternura tan inesperada en tal mujer. El silencio que reinaba dentro del cuarto hacía resonar, con mayor fuerza, afuera, el ruido incesante de la lluvia y el no menos constante del oleaje al pie de los acantilados. Dentro de la casa, de cuando en cuando, se escuchaba una risotada, o cualquier otro ruido, indicador de los que los otros *beatniks* continuaban su bestial orgía. ¿Qué les habrían hecho a Parry y a Jill? Rich Trant sentíase desconcertado. Sin lugar a dudas, estaba viéndoselas con otra Sue muy distinta, una muchacha perdidamente enamorada de un tal Clay, capaz de infinitas ternura y pasión. Cosas así ocurrían, naturalmente; pero en aquellas circunstancias resultaba tan extraordinario hallar ternura, femineidad, pureza...

Tenía suerte, sin duda. Por alguna razón misteriosa, aquella extraña muchacha le había elegido para desahogar sus más escondidas ansias y, así, sin saberlo, le daba una oportunidad. Aunque lentamente, iba notando cómo le volvían las fuerzas físicas, y se le iba despejando el cerebro. Desde luego, continuaba

amarrado y a merced de ella, de ellos; pero al menos, conservaba la esperanza. Mientras Sue siguiera creyéndole sin sentido, todo iría bien, un poco más de tiempo, y su cerebro quedaría del todo despejado...

El tiempo era lo que más le importaba. En esta noche, que ya nunca podría olvidar, en medio de aquella pesadilla atroz e insensata, el agente secreto no olvidaba que vino a esta casa para cumplir con un deber profesional, algo de la máxima importancia para su patria. Allí fuera esperaban, bajo la mansa lluvia de la madrugada, sus compañeros, ignorando lo que estaba sucediendo, confiando en él, en su pericia y habilidad... Tenía que haber hecho algo que no pudo porque no se lo permitieron, primero, los ocupantes de la casa, con su continua y pegajosa vigilancia, después la irrupción de la horda de ratas humanas...

No podría ya llevar a cabo su tarea; con la más loca buena suerte acaso consiguiera salvar el pellejo, pero su misión estaba hecha trizas y tal vez también todo el cuidadosísimo trabajo de tantos y tantos hombres durante tanto tiempo, tendiendo una trampa para tigres, en la que habían ido a meterse un puñado de ratas...

Era lo más enloquecedor de toda la insólita situación, que aquel puñado de *beatniks* hubieran venido a meterse en el momento más inoportuno en una trampa demasiado grande para ellos. Y la estaban haciendo saltar cuando, tal vez, en aquellos mismos momentos, se acercaban a la costa los encargados de introducir un nuevo cargamento de moneda falsa en el país para terminar provocando una catástrofe financiera, en beneficio de una potencia enemiga...

Ni siquiera estaba seguro de aquello, una incertidumbre total era lo único que ahora poseía, excepto la certeza de su muy comprometida situación. Si al menos pudiera avisar de algún modo a los hombres esparcidos a cierta distancia de la casa, a la espera y escucha...

Ni eso podía, no, a menos que se produjera un milagro. Los *beatniks* se proponían permanecer ocultos en la casa durante varios días, hasta que las heridas de Hal y de Gary se curasen lo suficiente para permitirles seguir huyendo. En tal caso, los agentes secretos sospecharían la verdad, vendrían a investigar, pero...

Sue terminó de desahogarse, al parecer, porque se incorporó sobre él, contemplándolo con fría, escrutadora, mirada. Pareció convencerse, no obstante, de que seguía inconsciente, porque se levantó despacio y fue a tomar aquella maldita arma de tortura, con la que ya una vez lo flageló.

Trant no deseaba que se repitiera la cosa, abrió los ojos y gruñó:

—¿Qué pasa? ¿Y los demás? ¿Y mi mujer?

La muchacha se volvió, paleta en mano. Volvía a ser y la de siempre.

—Vaya, volviste en ti —dijo con suavidad, tuteándolo. Se le acercó y le apoyó en el pecho el antiguo corlador, comenzando a arañarle despacio la piel con los alambres, sin quitarle ojo—. No te preocupes por ellos, están haciéndoles pasar una noche inolvidable.

—Estáis locos —Trant ya había adoptado un plan—. Locos de remate. Tendréis que asesinarlos a todos, y eso os conducirá a la cámara de gas.

Ella sonrió, luego tiró el instrumento de tortura y se sentó al borde del lecho. Comenzó a arañarle, inclinándose ligeramente, pero sin apretar apenas, casi era una caricia.

—Me gustas —dijo casi suave—. Eres un tipo duro, y tomas las cosas como vienen. Me recuerdas a uno que conocí...

—¿Alguien a quien quisiste?

—¿Por qué dices eso? —centellearon de recelo las pupilas de la muchacha, y sus uñas se clavaron en el pecho de Trant. Pero él no se inmutó.

—Tu conducta me lo demuestra. Desde un principio, te lanzaste sobre mí...

—Como una rata rabiosa. Lo dijiste, nos llamaste ratas. Y sí, somos ratas, de dientes venenosos y afilados.

—Olvídalo. Tú no eres como ellos, destacas.

Los ojos oscuros le miraron muy fijo.

—¿Tú crees?

—Sí. Me has elegido porque me parezco a alguien a quien amaste, ¿verdad? Y juraría que te despreció.

Súbito, ella le cortó la palabra con dos bofetadas, haciéndole sangrar. Y con la misma velocidad se le vino encima, poniéndose a morderle como si quisiera desgarrarlo. Trant soportó aquel ataque,

diciéndose que la había hecho descontrolarse...

Pero Sue recuperó pronto la serenidad. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Respiraba entrecortada, brillábanle, crueles y también ansiosas, las pupilas.

—No te pases de listo —dijo—. Me recuerdas a un hombre al que odio con toda mi alma, y al que quisiera ver destrozado, sí. Por eso te he arrancado de las manos de ellos, te guardo para mí. Voy a hacerte sufrir mucho, ¿sabes? ¿Cuál es tu nombre?

—Richard.

—Me gusta. Tú me gustas, Richard. Eres duro, viril, resistes... Me gustas y te odio, pero no te desprecio, eso quiero decírtelo. Voy a darte todo lo que una chica puede darle a un hombre, y después te mataré, para que no puedas contárselo a nadie.

—Perfecto. ¿Y tus amigos?

—¡Bah! —ella escupió a un lado, expresiva—. Ellos no me gustan ni tampoco les odio. Son compañeros de ruta, de una que terminará aquí...

Pareció arrepentida de haber hablado mucho, porque cambió de tema en seco. Seguía mezclando caricias con arañazos y pellizcos, pero no le quitaba ojo.

—No creo que te importe demasiado tu esposa, me di cuenta. Ni tan siquiera estoy segura de que sea realmente tu mujer.

—Eres muy perspicaz.

—¿No es tu mujer?

—No. Es la querida de mi amigo, el propietario de la casa. Yo estoy de visita.

Apareció un rápido destello en los ojos de Sue, y le cambió la voz:

—Lo hiciste para burlarnos...

—Más o menos. Mi amigo no habría resistido como yo.

La muchacha se puso a acariciarlo de otro modo, sin causarle daño, pensativa, como rumiando sus palabras. Y lo miró de soslayo.

—¿Qué eres tú?

—Muchas cosas.

Le costó otra bofetada.

—Dame respuestas claras.

—Soy inspector de seguros. Antes, tuve otros empleos. No duro

mucho, tengo mal aguante.

—¿Has sido soldado?

—Sí.

—Él también. El hombre al que odio y se te parece. Mi padrastro.

Era toda una confesión. Trant guardó silencio.

—Yo tenía ocho años cuando mamá se divorció. Sólo recuerdo de mi padre que era tosco, borracho y vago. Luego, mamá trajo a casa a Clay. Era maravilloso... Me enamoré de él como una tonta, pero era de mamá, ¿comprendes? Era su hombre, y yo sólo tenía once años...

Lo dejó en paz, se levantó y fue a encender un cigarrillo. Ahora había dejado de ser salvaje. Fumó ansiosa, volvió a mirar a Trant.

—Clay no notó mis verdaderos sentimientos, y yo hice cuanto pude para que no los conociera. Pero fue un infierno, te lo aseguro. Me trataba como a una niña, como a su hija, y yo deseaba que me tratara de otro modo... Pero eso era para mi madre, claro. Yo los acechaba, y me llenaba de unos celos feroces. Hasta que mamá comenzó a sospechar...

Vino de nuevo al lecho, pero no se sentó, quedándose de pie. Era una espléndida visión, si uno se olvidaba de todo lo que estaba ocurriendo...

—Mamá me expulsó de casa. Sí, me expulsó, aunque me dijo por qué lo hacía. Me puso interna en un colegio, y en dos años apenas si les vi. Luego que aguanté al máximo, hice lo posible para que me expulsaran del mismo y lo logré. Pero ella conocía mis razones para actuar de tal modo, no me llevó a casa, sino a otro colegio. Por tres veces jugamos el mismo juego, sin atrevernos ninguna de las dos a hablar claro...

Ahora sí se sentó, cruzando las bellas piernas. Trant estaba realmente interesado, tanto como para olvidar sus vivos dolores corporales.

—Tenía quince años cuando volví a casa. Ya era una mujer, mi madre lo sabía, y estaba asustada, también me aborrecía. Pero nada le había dicho a Clay, y él me trató como antes, aunque torpemente, tomándome por una chiquilla díscola. Fue cuando no pude más...

—Le dijiste que lo amabas, claro.

—Sí, lo hice. Le pedí que dejara a mi madre y escapara conmigo. ¿Has visto o leído Lolita? Bueno, fue igual, pero al revés. Yo estaba loca por Clay y él no quiso. Él amaba a mamá, ¿comprendes? A mamá, que tenía casi cuarenta años, y le había dado dos hijos, dos gatos llorones y asquerosos... Me rechazó, me fustigó con su desprecio, dijo que yo era una enferma, que no quería hacerme caso, habló de un correccional... Tú no puedes imaginártelo. No, ni nadie...

Trant se lo podía imaginar, pero no lo dijo. Y ella siguió:

—Entonces fue cuando traté de matarlos a todos. Una noche, cuando dormían, me levanté y le pegué fuego a la casa.

CAPÍTULO IX

TRANT dejó pasar tiempo antes de hacer su pregunta, despacio:

—¿Lo lograste?

—Se salvaron. Con quemaduras, uno de mis medio-hermanos casi se ahogó con el humo, Clay estuvo grave..., pero se salvaron todos. Y naturalmente, la policía me atrapó.

—Era lógico.

—Dijeron que yo era una criminal, mi madre, Clay también. ¿Te das cuenta? Dijeron que yo era una criminal... Comenzaron a tratarme como si fuera un animal peligroso, sufrí interminables interrogatorios, vinieron esos superimbéciles de psiquiatras a averiguar por qué lo había hecho... Finalmente determinaron que era irresponsable de mis actos. Mentira, ¿sabes? Lo hice a conciencia, pero es muy fácil engañar a los psiquiatras.

Hizo una breve pausa, que Trant respetó, muy interesado en su relato; después añadió, sombría:

—Me llevaron a Doggett Hill. ¿No sabes lo que es? El infierno... Estuve allí dos años. Como estaba loca, según ellos, me trataron igual que a una loca. Drogas, duchas heladas, celdas de castigo... Había una enfermera, la Bolugar, que era una bestia sádica, además de otras cosas. Sabía cómo castigamos sin dejar huellas en los cuerpos, y nadie osaba quejarse porque estaba de acuerdo con la muy puritana directora del establecimiento y con el doctor Riddell, un sujeto con cara de fauno, curiosamente parecido a Himmler, fanático de la meticulosidad, muy religioso, de modales asquerosamente suaves... ¿Te digo cuál era su mayor placer? Sentarse en un cómodo sillón a contemplar cómo la enfermera

Bolugar «domaba» a las rebeldes y recalcitrantes. Pero nada de eso encontrarás en los «*rappports*» oficiales, ¿sabes? Oficialmente, Doggett Hill es un establecimiento modelo, donde se aplican los últimos métodos en materia de psicoanálisis y reeducación de delincuentes con taras mentales, lo citan con muchos elogios una serie de galardonados farsantes que van allí de visita y bien llevaditos de la mano. Además, la directora es prima-hermana de uno de los más influyentes políticos del Estado...

—¿No estarás cargando las tintas?

—¡Me quedo corta! En un principio fui de las más «domadas» allí. Luego, una compañera que llevaba encerrada mucho tiempo me indicó cuál era el único camino para no terminar loca de veras, y lo seguí. Me convertí en la mano derecha de la Bolugar, ¿sabes?, y amante de Riddell. Aquél sí era una rata, deberías haberle conocido. Tenía una curiosa biblioteca, muy científica, claro, para eso era un especialista, una eminencia en psiquiatría... Tratados de sadismo, masoquismo, inversiones sexuales, y cosas así... Yo tenía un plan, pero necesitaba tiempo para realizarlo, bastante tiempo... y aguanté. Aguanté hasta que llegó mi oportunidad.

Rio, quedo. Era de nuevo la muchacha salvaje de mirada cruel.

—Salió perfectamente. Ni se dieron cuenta de que los llenaba con LSD mezclado con heroína pura...

Rio de nuevo. Trant sentía escalofríos en la espalada ahora.

—¿Qué hiciste?

—Que se mataran el uno al otro. Se atacaron como lo que eran, una rata venenosa y una loba...

Hizo un relato, que le sacó las fauces a Trant. Le centelleaban los bellos ojos de placer mientras lo hacía, con una crueldad malsana e implacable. Se relamía, paladeando las palabras... Por fin pareció remitirle la fiebre demoníaca, encendió un cigarrillo, que chupó ansiosa. Parecía fatigada, de pronto.

—No sospecharon la verdad —terminó—. Desde luego, había poderosos intereses que salvaguardar, y entre las pupilas de Doggett Hill no había una sola que no odiara a la pareja. Se echó tierra al asunto, ¿sabes? Se dijo que un loco homicida había asesinado a ambos, desapareciendo sin dejar rastros, pero no se apretó a nadie los tornillos dentro de Doggett Hill, la directora y su pariente se encargaron de todo. A la postre, era un establecimiento

dedicado a rehabilitar locas peligrosas, resultaba lógico que alguna vez ocurriera algo así...

—¿Y tú, qué hiciste?

—Quedarme tranquila. Sólo mi compañera de celda sabía la verdad y calló, por la cuenta que le tenía. Dejamos pasar un tiempo, y luego cierta noche, nos escapamos; después de morir aquellos dos, se había aflojado mucho la vigilancia. Resultó fácil alejarse de allí. Cuando se es joven y se tiene buena apariencia, los hombres hacen pocas preguntas, ¿sabes? Sólo les interesa una cosa, se las das y quedan satisfechos. Así atravesé el país, y llegué a Los Ángeles. Supongo que andarán buscándome, pero no será fácil que me encuentren. Soy muy distinta a como era en Doggett Hill, y más aún a cómo mamá y Clay me recuerdan...

Eso era posible. Trant sabía que muchos miles de delincuentes juveniles, de fugados de presidio, andaban sueltos por el país, e incluso se movían con entera libertad, sin que las autoridades pudieran hacer gran cosa para impedirlo. Cuando cometían un nuevo delito, o un error, se les atrapaba, eso era todo. Había demasiados.

—¿Cuándo te uniste a éstos?

—Hace unas semanas. No me agradan, ni siquiera Hal. Esta noche ha matado por vez primera, y eso lo ha hiperexcitado; es valiente, pero carece de cerebro, no llegará lejos. Además, todas esas estúpidas cosas, lo de los nazis y los tatuajes... Dice que Hitler y su gente eran dioses, los SS superhombres, y ni siquiera sabe lo que hicieron. Los otros son basura, con ellos acertaste, son ratas...

—Pero vas con ellos.

—Me convenía. Ya sabes que hay muchos en todas partes, se ayudan unos a otros. Ignoran quién soy y lo que he hecho, me creen una más, pero saben que conmigo no se juega, y ya has visto cómo les domino. Nos fuimos de San Francisco porque Hal y Kit medio mataron a golpes a un tipejo que los había delatado por un robo que hicieron, por eso mismo buscamos las carreteras menos frecuentadas. Pasamos por aquí esta tarde, vimos la casa tan aislada, y nos dijimos que podía resultar un buen refugio durante uno o dos días, que tal vez habría algo bueno para robar. Ya sabes, éstos viven a salto de mata, así que retornamos bajo la lluvia. Como no podíamos abrir ninguna ventana, Hal y yo regresamos por la

palanqueta...

Contó lo sucedido a Clever, con toda indiferencia.

—Ahora están borrachos de licor, de sangre fresca, de poder. Se creen dueños de la situación, piensan que podrán quedarse aquí hasta curarse las heridas, y que vosotros aguantaréis, sirviéndonos de tapadera hasta que nos vayamos, por miedo a morir. Desde luego, tus amigos no han hecho gran cosa para quitarles esa idea... Están eufóricos porque todo les ha resultado muy fácil, os han torturado para afirmarse la personalidad, pero...

Rio de nuevo, cambió la expresión y añadió:

—Basta de charla, por ahora. ¿Vas a portarte bien o prefieres que te haga daño?

—Adelante. Eres quien lleva la iniciativa.

Lo que después tuvo que soportar no podía ser llamado, precisamente, una tortura. Pero sí que lo era.

Al terminarla, Sue le miró de otro modo.

—Me gustas. Eres como Clay... Lástima que deba matarte.

—¿Es indispensable?

—Naturalmente. No esperarás que te deje libre, ¿verdad?

—Podríamos arreglarlo. Podías largarte mientras yo ajustaba cuentas con éstos...

—¿De veras crees que me convencerás? —ella parecía divertida

—. Sí, me gustas. Pero tengo otro plan.

—¿Y no vas a decírmelo?

—¿Por qué no? Verás, éstos van a quedarse muy pronto rendidos. La borrachera los aniquilará, caerán como leños. Dormiré ahora un par de horas, aquí, contigo. Puedo hacerlo, ¿sabes? Luego estaré descansada, y me despertaré. Los otros seguirán dormidos. Los iré matando sin prisas, con mucho cuidado, de forma que cuando les descubran, la policía piense que cuatro *beatniks* asaltaron la casa y sorprendieron a sus moradores, torturándolos y asesinandolos en medio de una orgía; que luego se pusieron a pelearse entre ellos, y se dieron muerte unos a otros. Resultó en Doggett Hill, y volverá a resultar aquí.

Era un plan espeluznante, sobre todo por la fría fruición con que aquella guapa muchacha lo anunciaba. Pero Trant le sostuvo la mirada.

—¿Y a mí, qué me reservas?

—Seré buena contigo, una puñalada en el corazón, una muerte rápida y sin dolor. ¿No me lo agradeces?

Parecía estar, en efecto, esperando su agradecimiento. Trant halló el modo de sonreír.

—Te lo agradecería mucho más, si me dejaras vivir.

—Ni pensarlo. Te pareces demasiado a Clay, me desprecias, lo sé, me harías daño. Tengo que matarte porque me gustas mucho. Ahora te pondré esparadrapo en la boca para que no puedas gritar, y avisarles mientras duermo, ¿sabes?

Se levantó y fue a tomar algo, con lo que retornó junto a Trant.

—Lo cogí del botiquín, no lo notaron. Lo usaré con alguno de ellos. Me propongo matarlos de distinta forma para que resulte más convincente. A Hall...

Mientras le tapaba la boca con el esparadrapo, se puso a contarle lo que pensaba hacerles a sus compinches. Luego, se echó a su lado en la cama, y siguió con voz que iba lentamente adormilándose:

—...Cuando te mate, reuniré unas cuantas cosas de valor, provisiones y el dinero que tenéis aquí, me llevaré el coche y dejaré el nuestro en el garaje. Para cuando os descubran, ya estaré en el otro extremo del país... He visto cosas valiosas aquí dentro, y sospecho que en la caja fuerte habrá dinero; tu amigo es rico...

Finalmente, se quedó dormida, con la cabeza sobre el hombro derecho del agente secreto, que continuaba atado en aspa. Un cuerpo joven, duro, elástico, una cara realmente guapa, una espléndida muchacha de dieciocho años...

Una enferma mental, homicida, sádica y perversa. Todo porque, siendo aún una niña, se le ocurrió enamorarse de su padrastro, y nadie acertó a usar con la la terapéutica adecuada; porque en el país abundaban, por desgracia, gentes como aquel médico, aquella enfermera y aquella directora de Doggett Hill, los establecimientos donde el delincuente, fuese o no un enfermo mental, era considerado, tratado, como un ser aparte, perdido definitivamente para la sociedad.

Y él, Richard Trant, agente secreto del Gobierno de los Estados Unidos, en misión de alto secreto y máxima importancia, tenía

ahora que libertarse de sus ligaduras sin despertarla, salir de allí sin despertar a los otros *beatniks*, cumplir su tarea...

Después de haber pasado por todo lo que había tenido que pasar.

CAPÍTULO X

UN silencio absoluto llenaba ahora la habitación y, al parecer, también la casa. La lluvia continuaba fuera, sin embargo, y el sordo ruido del oleaje batiendo las rocas al pie del edificio se escuchaba muy bien.

Lentamente, con paciencia y tesón infinitos, dominando con férrea decisión los agudos dolores que sentía, Rich Trant fue moviendo su mano izquierda.

La suya era apenas una frágil esperanza, pero no tenía otra, en las circunstancias en que se encontraba.

Pegada a la uña del dedo pulgar de aquella mano llevaba una delgadísima lámina de acero especial, que debía servir para el montaje del minúsculo aparato electrónico, cuyas restantes partes andaban ocultas con la misma eficacia por todo su cuerpo. Ahora tal vez no pudiera montarlo y hacerlo funcionar, dependía de que durante las torturas sufridas alguna de las delicadísimas piezas se hubiera estropeado; pero al menos aquella hoja metálica le servía para libertarse..., con mucha suerte.

Primero debió retorcer la mano de forma que los dedos índice y corazón pudieran manipular la uña falsa del pulgar. Sobre el acero había sido perfectamente pintada la uña con colores naturales, era preciso alzar la cutícula del borde inferior para hallar la sutura. Y lo que en circunstancias normales habría resultado sencillísimo, ahora tenía todos los visos de ser un arduo problema.

Por fin, lo consiguió. Pero sus dedos sin sangre, entumecidos y torpes, casi no lograban sujetar la delgadísima lámina de acero. Apretando los dientes, retorció más la muñeca, sintiendo cómo le

corría la sangre por ella y el lancinante dolor a lo largo del brazo. Poco a poco, comenzó a rasgar el cordel...

Por tres veces hubo de detenerse al borde del desmayo, que le habría sido fatal. Los pulmones parecían ir a estallarle a causa de la falta de aire provocada por el esparadrapo, la cabeza le daba vueltas, le ardía, y todo su cuerpo era un puro haz de calambres, extraordinariamente dolorosos. Tan sólo una fiera energía, la voluntad de sobrevivir, el sentido del deber, lo mantuvieron en la brecha.

Finalmente, notó el leve chasquido de la última fibra al cortarse, y el simultáneo aflojamiento de la ligadura. Con una tremenda sensación de alivio y alegría, movió la muñeca, hasta liberarla.

Se quedó como estaba durante unos diez minutos, dominando el loco deseo de continuar. Ante todo necesitaba recuperar energías, las más posibles. Lo único que hizo, apenas recuperó algo el juego de sus dedos, fue arrancarse el esparadrapo de la boca para dejar entrar aire en cantidad en sus pulmones. Al hacerlo, vióse la mano amoratada y la muñeca cercenada hasta el hueso por los delgados cordeles y sus propios esfuerzos para liberarse. La sangre le salía de ella generosamente.

No le importó. Ahora todo parecía más factible e incluso el agotamiento físico total, abrumador, los dolores inenarrables, soportábalos con entereza y alivio.

Contempló a la muchacha dormida como un leño a su lado. Llegaba el momento más peligroso...

Centímetro a centímetro, fue contorsionando el cuerpo mientras contenía el aliento y no le quitaba ojo, listo a agarrarla por la garganta si se despertaba. Pero ella no debía haberle mentido, porque lo único que hizo fue rebullir y darse la vuelta.

Consiguió, al fin, alcanzar con su mano izquierda la muñeca derecha. Estaba literalmente echado encima del tibio cuerpo de Sue, cuya respiración acompasada lo tranquilizaba. No había soltado la providencial hojuela metálica, y volvió a usarla porque sus torpes dedos no habrían logrado desatar por sí solos las ligaduras.

Cuando también aquella mano quedó libre, volvió a invadirlo la misma ciega exultancia. Pero se tendió de nuevo boca arriba, y aguardó casi otros diez minutos, antes de continuar con su

liberación.

Con el máximo cuidado, sacó el brazo de debajo de la cabeza de la muchacha dormida. Nunca había sido muy religioso, pero ahora se sorprendió rezando con total fervor para que ella no se despertara.

Finalmente lo consiguió y pudo sentarse. Le rodó la cabeza, se mareó y faltó poco para que se desvaneciera, también para que vomitara. Jamás se había sentido tan débil, ambas muñecas teníanlas malamente cortadas, y ahora hasta un niño habría podido vencerle.

Cuando por fin se reanimó, procedió a desatarse ambas piernas. Luego, con las mismas precauciones, se deslizó fuera del lecho, dando gracias al cielo por su solidez, pues no había crujiado nada.

Cayó cuan largo era, y durante bastante tiempo permaneció así, en contacto con las frías baldosas, resollando penosamente, sintiéndose el receptáculo de todos los dolores físicos y gozando a la vez la inmensa voluptuosidad de saberse libre, tras tantas horas de pesadilla.

Por fin pudo enderezarse, mal que bien. Lo primero que hizo fue apoderarse de la navaja automática de Sue, que ahora dormía acurrucada sobre el costado izquierdo, sin haber advertido su falta en el lecho. La contempló durante un par de minutos sintiendo bullirle en la mente y el pecho contradictorios impulsos; después el agente secreto en misión especial superó al hombre.

Salir del cuarto no revistió mayores problemas. La puerta no crujió, y pronto viose fuera del mismo. Los *beatniks* habían dejado bastantes luces encendidas. Tambaleándose como borracho, empuñando la navaja con dedos aún demasiado débiles, entumecidos, Trant llegó al living.

A la luz de las lámparas descubrió a Vinnie, tendida boca arriba sobre la alfombra, y a todas luces durmiendo la borrachera. Un poco más lejos, Luther Parry continuaba donde lo dejó, desvanecido o dormido. Bastaba verle para saber que la mozuela borracha habíase divertido con él a su modo.

No se veía a los tres machos de la banda por ninguna parte. Ni tampoco a Jill.

Trant hubo de arrodillarse para desatar a su amigo, y le costó un tiempo excesivo. Lo que no estaba en condiciones de hacer, con

sus muñecas llagadas, era arrastrarlo lejos de allí, de modo que se levantó y buscó alivio.

Lo halló en el botiquín. Quedaba suficiente material de curas, por fortuna. Se roció con sulfamidas en polvo las heridas, y se las vendó lo mejor que pudo, luego de lavárselas con whisky añejo, rechinando los dientes. Hecho esto, tomó la botella, bebió un par de largos tragos, dejando que el licor le metiera momentáneas energías en la sangre, volvió junto a Parry, le limpió la cara de cualquier modo y le metió en la boca el gollete de la botella, obligándole a tragar el whisky.

Parry reaccionó removiéndose, estornudando, cosa que Trant impidió tapándole la boca, veloz, abriendo los ojos y gruñendo. En tono bajo e imperioso, Trant le exigió:

—¡Cállate! Estamos libres, ¿me entiendes?

Al pronto, Parry no comprendió. Luego lo hizo y trató de incorporarse, notó o recordó lo sucedido, y rompió a vomitar, con un gesto de asco total. Por fin, ayudándose uno al otro, los dos hombres, por completo agotados lograron ponerse en pie.

—Malditos... Malditos... —Parry apenas si podía hablar—. Salvajes malditos...

—Déjalo. No es momento para perder el resuello en maldiciones. ¿Cómo te encuentras?

—Destrozado... No puedo ni sostenerme... Me duele mucho el tórax, deben haberme roto alguna costilla... Y esa cerda asquerosa...

—Tenemos que hacer algo inmediatamente. El teléfono...

Luther Parry tuvo una curiosa reacción. Pareció olvidarse de todo lo que acababa de pasar.

—¿El teléfono? No, no... ¿Qué hora es?

Trant no dio muestras de advertir su cambio.

—No lo sé. Pero alta madrugada...

Tambaleándose, Parry fue, agarrándose a los muebles, a un hermoso reloj antiguo, que por suerte los *beatniks* no habían destrozado. Trant le vio respingar.

—Las cuatro y doce minutos... Tienes que ayudarme, Rich.

—¿Ayudarte, a qué? ¿De qué se trata? Oye, tenemos que ajustarles las cuentas a éstos...

—No ahora. Escucha, no tengo tiempo para explicarte, pero es del máximo interés, incluso para ti. Puedes hacerte rico..., sí, rico... Ven, ayúdame...

Hablaba de modo incoherente, pero Trant sabía lo que estaba pensando. Se le acercó, pues, y le ayudó a caminar fuera del living, mientras por su parte seguía la comedia.

—¿Me quieres explicar? ¿Adónde vamos? Hay que avisar a la policía. Si despiertan y descubren que nos fugamos, nos perseguirán y nos matarán...

—No podrán... Sé cómo burlarlos... Por aquí...

Pasaron de largo por delante de la alcoba, pero en lugar de descender a la planta inferior, como esperaba Trant, siguieron adelante, hasta el fondo del pasillo. Parry iba recuperando fuerzas poco a poco, por eso no hablaba. Aunque también podía ser que rumiara los pros y contras del paso que iba a dar.

Abrió la puerta de un cuarto pequeño, con manos vacilantes, y pasaron, a un gesto suyo, al interior. Trant miró, intrigado...

Sólo había adminículos de limpieza. Una polvorienta bombilla alumbraba el cuartucho, casi un simple armario, a cuyo fondo veíase un desportillado, sucio, evidentemente fuera de uso, tazón de retrete...

Bajo la atenta mirada de Trant, Parry abrió un armario lleno de esas herramientas que hay en todas las casas, y tomó un destornillador grande. Siempre jadeando, fue a arrodillarse..., delante del viejo *water-cup* fuera de uso.

—Hay algo muy importante que vas a conocer, Rich —dijo—. Algo que te convertirá en un hombre rico, si sabes ser discreto y quieres gozar de la vida... Hiciste tu suerte cayendo por aquí, a pesar de todo... Pero aunque eres mi amigo, y me salvaste la vida, no voy a ocultarte que aún estás a tiempo de echarte atrás... a tu riesgo.

—¿De qué se trata? ¿Contrabando?

—Exacto. En gran escala y del más lucrativo. Mucho dinero a ganar, muchacho, si salimos de ésta...

Y allí estaba el secreto tanto tiempo buscado por el Servicio Secreto... Algo tan sencillo como el huevo de Colón.

Parry destornilló y sacó los gruesos tomillos delanteros que

sostenían la parte inferior de la sucia y desportillada taza del retrete, asió la parte delantera y la sacó. Veinte veces un sagaz agente secreto había visto aquel roto soporte, y no le concedió ninguna importancia...

Pero sí la tenía. Porque detrás de aquel «roto» de piedra artificial había una palanca con un pequeño cuadro de mandos. Y cuando Parry la movió, lo que parecía un viejo, sucio, polvoriento, agrietado medio-baño totalmente fuera de uso, también de piedra artificial, se hundió silenciosamente cosa de un metro, se deslizó luego hacia la derecha, y dejó al descubierto el arranque de una escalerilla metálica. Tan sencillo..., como todo lo realmente genial.

—Vamos, démonos prisa. Esta noche llegan mis compañeros con un envío de importancia, estarán aquí a las cinco y media...

Y eran más de las cuatro y media. Rich Trant inspiró hondo. Inesperadamente, su suerte daba un giro de noventa grados...

Sólo que para conseguir el éxito debía previamente eliminar a Parry, ponerse en contacto con sus compañeros, y evitar que los *beatniks*, pero sobre todo Sue, despertaran, atrapándolo de nuevo, antes de que sus compañeros le pudieran ayudar.

CAPÍTULO XI

DESDE luego, a no ser por las presentes circunstancias, y a pesar de su antigua amistad, Luther Parry nunca habríase mostrado tan confiado con su amigo. Pero a misma excepcionalidad de la situación actuaba ahora en favor del agente secreto. Parry aún estaba más destrozado, física y moralmente, que él mismo por las torturas sufridas y todo lo demás de aquella noche de pesadilla; su mente no podía ni mucho menos coordinar ideas al nivel normal, sin duda estaba obsesionado por la de que en su casa hallábanse unos jóvenes criminales, que dieron muerte a su compañero Clever y al vez también a su amiga Jill, que a él lo matarían, como descubrieran que se había liberado. Por otro lado, justo aquella noche llegaba uno de los periódicos envíos de moneda falsa, los encargados de traerla deberían estar sin duda esperando señales, avisos, algo, para venir. Si no los recibían, esperarían, se marcharían..., y eso podría significar un desastre, en cualquier caso. Era lógico que Luther Parry se arriesgara a descubrirle al viejo camarada de armas, a quien imaginaba llegado allí por pura casualidad, su secreto de contrabandista de moneda falsa.

Y todo resultaba tan fantásticamente sencillo... La escalera resultó ser corta de apenas cuatro metros, y terminar en un pozo que se continuaba por una galería horizontal abierta en la roca, de una docena de metros de longitud, la cual desembocaba a su vez en un cuarto de paredes, techo y piso de roca viva, salvo uno de sus extremos, donde aparecía incrustado un vulgarísimo ascensor. Nada más, ni un mueble, ni un simple objeto...

Entraron en el ascensor, y Parry oprimió un botón. Hubo el

clásico zumbido sordo, y descendieron con rapidez. Trant inquirió de nuevo a dónde iban. Parry se recuperaba muy despacio, le contestó con fatiga:

—Ya llegamos. Es una cosa tan sencilla como curiosa, ya lo verás.

Tan sencilla como curiosa... Al detenerse el ascensor, salieron a un lugar totalmente oscuro..., por corto tiempo, lo que tardó Parry en tantear buscando un conmutador. Entonces Trant tuvo un vislumbre de la realidad que había burlado todos los esfuerzos del Servicio Secreto durante tanto tiempo.

—Eileen Thorne adquirió esta casa hace quince años a un individuo excéntrico que la había edificado, mejor dicho a sus herederos. Ella, por su parte, lo hizo para mantener la «pose» de excentricidad que le habían impuesto los estudios. Cierta día, registrando uno de los muebles viejos, o porque se rompió, no supo aclarárnoslo, descubrió una especie de «diario» de constructor de la casa. Al parecer, aquel tipo había sido de lo más interesante...

Trant escuchaba a medias a su amigo, examinando el lugar donde se encontraban. Ni más ni menos que una caserna de regulares dimensiones, ocupada en sus cuatro quintas partes por agua quieta, oscura, y el resto por un piso de lisa y brillante lava negra. A un lado, junto a la caja del ascensor, había sido arreglada una cavidad para situar allí un motor y un generador eléctrico. También se veía una especie de armario con puerta metálica. Y eso era todo. Un lugar frío y silencioso como una tumba...

—Eso fue para la esposa adúltera del constructor de la casa y para el amante de ella, allá por los felices veinte. El hombre ya te he dicho que era un tipo raro, con aficiones de geólogo y espeleólogo, pionero de la pesca submarina... Descubrió, por pura casualidad, un pozo de origen volcánico y, descendiendo por él, llegó hasta aquí. En sucesivas exploraciones descubrió una comunicación entre este pozo y el mar libre, lo bastante ancha como para permitir el paso por ella sin dificultades y con la boca de salida situada a tal profundidad que la hacía del todo indescubrible desde el mar. Por otro lado, sólo muy buenos buceadores, y con equipo apropiado, podían meterse entre las rompientes del acantilado. Aquel hombre medio olvidó su descubrimiento que, por otra parte, a nadie había comunicado; y no fue sino hasta años

después, ya casado, que lo recordó, cuando supo que su mujer lo traicionaba con un viejo amigo.

Parry se había sentado sobre un saliente de roca, hablaba con dificultades. Trant se arrimó a la pared de la caseta del motor para escuchar.

—El tipo planeó entonces una melodramática venganza. Compró el terreno por casi nada, e hizo edificar una casa, arreglándoselas para que los obreros que se la construyeron no sospecharan la verdadera índole del pozo, que hizo tapar. Cuando tuvo lista la vivienda, preparó una trampa a su esposa y al amante de ella, los narcotizó y los trajo aquí, descendiénolos por medio de cuerdas y bajando él del mismo modo. Por lo visto, se complació en revelarles que conocía el adulterio, y contarles cómo iban a morir. Ellos estaban con las manos atadas, y no pudieron hacer nada para mejorar su suerte, algo así como nosotros allí arriba...

Parry emitió una risita fatigosa, cobró aliento y continuó:

—Luego, el tipo les dejó aquí abajo, trepó por la cuerda y volvió a la casa. Parece ser que el amante de su mujer no sabía nada, también que se volvieron locos o algo así, que él la mató a ella y se la fue comiendo para prolongar su agonía. Como en las viejas truculentas historias de Allan Poe... Puede que sólo fuera invención del marido burlado, que en su diario relata con demasiado lujo de detalles cómo descendía, colgado de la cuerda, a solazarse escuchando el horror que aquí abajo se desarrollaba... En fin, el tipo se quedó a vivir aquí, las gentes creyeron que su esposa se había ido a Europa con el amante, le consideraron loco a causa de aquello, y lo dejaron en paz hasta su muerte. Los herederos eran parientes lejanos, que no se ocuparon poco ni mucho en investigar lo que aquí había... Eileen Thorne habría querido dar a la publicidad aquel relato, pero su manager de entonces, Ed Barring, se lo prohibió. Así que se lo guardó y se olvidó de él también. Barring murió más tarde, la Thorne se casó y perdió el favor del público, comenzó a hundirse... Bueno, no alargaré la historia. Un día conoció a alguien importante, y de algún modo salió a relucir la olvidada historia de este agujero. Aquel hombre se interesó por el asunto y le compró la casa, pero a condición de que ella siguiera figurando como propietaria. Con todas las precauciones pertinentes, fueron traídos aquí obreros especializados que,

ignorando el lugar exacto donde se encontraban, y creyendo realizar un trabajo para un snob chillado, instalaron el ascensor y tallaron la cámara de arriba. Luego otros de más confianza completaron la instalación.

—¿Qué contrabandeáis?

—Puedes imaginártelo. Todo lo que produce grandes beneficios. La cosa es muy sencilla. El género llega por mar hasta cierta distancia de la cosa, es transbordado a una embarcación especial, que se acerca lo suficiente, y luego dos buceadores especializados lo introducen aquí por el sifón. Lo subimos a la cámara de arriba, se efectúa el reparto, y más tarde es distribuido sin despertar sospechas por un escogido grupo de «correos», uno de los cuales puedes ser tú, si quieres. Podrás muy bien ingresar diez mil mensuales. ¿Qué te parece?

Trant sólo tenía una respuesta posible, y la dio:

—Parece demasiado bueno para ser verdad. ¿No hay riesgos?

—Ninguno. Naturalmente, los del Servicio Fiscal olfatean siempre al máximo, pero nunca se nos han podido acercar. Fíjate que sólo usamos el ascensor una vez al mes, y apenas si hace ruido, que absorben las paredes el pozo. Además, mientras actúa, estamos arriba moviéndonos de modo que ni aun los mejores detectores el mercado podrían localizarlo, incluso sabiendo qué noche iban a traer el género. Operamos en grande, naturalmente. Millones, poco volumen y máximos beneficios...

Sí, Luther Parry estaba ahora convencido de poder confiarse plenamente en su viejo camarada..., aunque no le contara toda la verdad.

—Llegarán dentro de una hora, en cuanto les dé la señal de «vía libre». Naturalmente, no se trata de una conferencia telefónica ni nada parecido, sino de una serie de impulsos eléctricos, emitidos en una determinada longitud de onda durante diez segundos, un intervalo y otra serie. No hay detector en el mundo capaz de localizarnos, en tan poco tiempo...

Se acercó al armario y lo abrió. Trant descubrió entonces dos cosas, un pequeño y modernísimo transmisor exquisitamente acondicionado para aislarlo del ambiente, y un lote de no menos excelentes armas muy modernas.

—Arriba no guardamos sino armas que no despierten sospechas,

salvo Clever, que normalmente tenía su pistola especial a seguro. Tampoco tenemos drogas, ni nada que pueda dar pie a la policía para efectuar un registro a fondo. Estas armas son para una emergencia como lo que ha sucedido esta noche. Daré el aviso, y aguardaremos a que lleguen los buceadores, subiremos los cuatro y acabaremos con esos malditos de ahí arriba. Luego los descenderemos aquí, y más tarde ya veremos lo que se hace con sus cuerpos. No podemos correr riesgos, ¿me comprendes?

Trant asintió. Y dióle a su amigo las debidas seguridades acerca de que apoyaba su decisión, dadas las circunstancias.

—Después de todo lo que me han hecho sufrir, será un placer meterles una bala entre las cejas, sobre todo, a la perra morena que me torturó...

Había también un magnífico cronómetro en aquel armarito. Y faltaban apenas dos minutos para la hora en que Luther Parry debería dar la señal.

—Es posible que convenza a los jefes para que ocupes el puesto de Clever. Ganarás lo mismo y aún con menos riesgos, sólo que deberás permanecer aquí, cubriendo el papel de guarda de la casa por cuenta de la Thorne... No sé, ya veremos... Es la hora, voy a dar la señal.

Manipuló en el transmisor, se puso unos auriculares y, durante un tiempo, se mantuvo atento, mientras Trant permanecía a su espalda, mirándole con fijeza. Luego se despojó de los auriculares y los dejó, volviéndose a su amigo para decirle satisfecho:

—Listo, contacto establecido. Los tendremos aquí dentro de media hora. Descansemos, nos hace falta. Me parece tener todos los huesos rotos... Pero yo se los voy a descoyuntar bien a esa perra que...

Trant se movió ligeramente. Su mano derecha empuñaba algo que había cogido mientras Parry transmitía, un trozo de roca caído en la arena, de buen tamaño como para poder medio ocultarlo. Tomó aire, porque aún se sentía muy débil, y dudaba de que sus fuerzas bastaran, con piedra y todo, para dejar a Parry fuera de combate.

Pero Parry estaba aún peor. Ni siquiera acertó a reaccionar cuando Trant alzó la piedra sobre su cráneo. Dilató los ojos y balbució:

—¡Rich! ¿Qué...?

Trant le pegó todo lo fuerte que pudo, un golpe que aun así le pareció desoladoramente flojo. Pero Parry cayó hacia delante con un gemido, y quedó inmóvil. Arrodillándose, Trant comprobó que sólo estaba inconsciente, aunque le manaba sangre del punto donde le acabó de golpear. Jadeando, le ató las muñecas a la espalda, utilizando para ello las mismas tiras de vendaje con que poco antes se había cubierto las suyas, y luego fue a tomar una pistola automática especial, alemana, un arma para especialistas idéntica a la que usara Clever, pero sin silenciador. También se echó al hombro una de las metralletas especiales, aunque le pareció un peso enorme...

Como pudo, cogió al inerte Parry y lo introdujo en el ascensor, oprimió el botón de subida y quedó jadeando fuerte mientras miraba a su viejo camarada de armas.

Al llegar arriba lo sacó del ascensor y lo arrastró para dejarlo boca abajo en el extremo opuesto de la estancia. Después se metió por el pasadizo, llegó al fondo del pozo de la escalera, y tanteó en busca del artilugio que movía la astuta puerta de entrada secreta. Hacía casi una hora que se libertó, y apenas si había recuperado sus energías al grado suficiente para afrontar lo que le pudiera venir, pero contaba con poderosas armas de fuego y, sobre todo, se sabía a punto de conseguir el pleno éxito de su misión. Lo más importante para un agente secreto, su deber...

CAPÍTULO XII

CONTINUABA lloviendo fuera, con esa monótona insistencia de las sabanas de agua procedentes del océano. El mar se había encrespado ligeramente, a juzgar por los diapasones de su continuo golpetear contra los acantilados costeros. Por los demás, la casa continuaba en total silencio. Acaso aún no se hubieran despertado los *beatniks*...

Trant no se molestó en cerrar la trampa secreta; en cualquier caso, no merecía la pena. Únicamente movió la palanca para colocar al falso medio baño en su sitio. Luego, empuñando la automática, al hombro la metralleta ligera, salió del cuartucho al pasillo.

Nada se movía. Y nada significaba aquello...

Se metió la pistola entre el cinturón de sus pantalones y el cuerpo, empuñó la metralleta y avanzó con sigilo. Aún iba descalzo y desnudo de cintura para arriba, de repente, se dio cuenta de que estaba entumecido. Necesitaba ropa y calzado...

Tuvo suerte a la primera intentona. Aquél debía ser el cuarto de Clever, que tuvo una contextura parecida a la suya. Se vistió aprisa una camisa y un jersey de lana virgen, suave y cálido, halló y se calzó unos zapatos cómodos, un número mayor que los suyos, calcetines... También dio con una botella de excelente coñac francés, mediada, y se atizó algunos tragos, que le fortalecieron. Seguía doliéndole todo el cuerpo, en especial las articulaciones y los sangrantes cortes en muñecas y tobillos, pero ya estaba seguro de sí y de la victoria. Rasgando otra camisa, se improvisó unas vendas para su herida, empapándolas en el coñac...

No tenía tiempo ni posibilidades para despegar de las diversas zonas de su cuerpo las microporciones del miniparato coordinador, montarlas y ponerlo en funcionamiento. Pero aun suponiendo que los *beatniks* hubieran estropeado el teléfono, la metralleta iba a servirle de campana de aviso. En la tranquila noche de lluvia, su tableteo se escucharía a buena distancia..., dado que no pudiera llegar por su pie hasta donde aguardaban sus colegas al acecho y, sin duda, maldiciendo del tiempo.

Abandonando aquella habitación, se escurrió hacia el living. Una ojeada le bastó para comprobar que Vinnie continuaba tirada en la alfombra, y durmiendo su abyecta borrachera. Podía tratar de comprobar lo sucedido con Jill, la amante de Parry, pero habría sido sobremanera arriesgado. Por encima de los *beatniks* estaba el asunto de la moneda falsa...

Marchó hacia la salida de la casa, sin hacer ruido. Era una suerte el haber podido familiarizarse previamente con la disposición interior de la misma. Al llegar a la puerta, se detuvo unos instantes para tomar aliento, luego la tanteó.

Descubrió que los *beatniks* la había dejado prácticamente abierta al llegar, sin pasar los pestillos. Sólo había que mover el picaporte para abrir, lo hizo y se enfrentó con el viento y la lluvia.

Densa y sorda, caía sobre la tierra dormida. Ninguna luz en ninguna parte, el bramido sordo del mar y, todo lo demás, silencio...

A corta distancia, un puñado de delicadísimos aparatos ocultos estaban aguardando la señal electrónica, procedente de la casa, que debía ponerlos en funcionamiento. Más allá, pero en lugares que él desconocía, un grupo de sus colegas debían estar al acecho. Y en algún lugar del negro y revuelto océano, los portadores de la moneda falsa se acercaban...

No hizo mayor caso de la lluvia. Sus livianos zapatos se empaparon muy pronto, pero sus llagados tobillos no habrían podido soportar el peso de otros más recios, y tampoco pensaba llegar muy lejos.

Treinta pasos al norte de la esquina de la casa... El pino ponderosa....

Aquel dato formaba parte de lo que debió aprenderse de memoria. Allí, perfectamente camuflado en el rugoso tronco, a una

altura imposible de discernir por la vista humana, a no ser que se fuera derecho a buscarlo, había un delicadísimo mini micrófono, capaz de captar con nitidez una conversación sostenida a veinte pasos de distancia en tono normal, contando con el normal rumor ¡del oleaje.

Llegó allí sin novedad, pegóse al rugoso tronco, y comenzó a hablar en tono relativamente alto:

—Hallo... Hallo... Aquí Trant... Escúchenme, máxima urgencia... El alijo va a llegar a las cinco treinta en punto, repito, a las cinco treinta... He descubierto el sistema de que se valen para introducirlo y burlarnos, pero hubo un contratiempo inesperado. La casa fue asaltada por *beatniks*, y nos cogieron a todos por sorpresa, he sido torturado, estoy muy castigado, pero tengo una metralleta y una pistola. Los *beatniks* ignoran mi fuga, duermen ahora, pero tienen una pistola especial, provista de silenciador. Repito, máxima urgencia, no enciendan luces, vengan lo más aprisa posible. ¡Alguien se dispone a escapar, hay luz en el garaje!

Era cierto. Un cono de luz amarillenta se había encendido en el garaje, y al poco se abrió la puerta de cremallera. Trant casi gritó:

—¡Trataré de detenerles, apresúrense!

Ni siquiera sabía si sus camaradas habían captado su mensaje, pero no era el momento para vacilaciones. Corrió bajo la lluvia para alcanzar un punto en diagonal hacia el camino. Ya venía hacia él un automóvil, el de Parry. ¿Sería posible que su amigo hubiera podido libertarse, y tratara de huir? En tal caso, habría avisado antes a sus compatriotas...

Saliendo al camino, metralleta en manos, le gritó al conductor que se detuviera. El vehículo aún no había tomado velocidad, pero, de repente, pareció saltar hacia él como un gato enfadado, y se vio cegado por los focos.

Disparó una ráfaga contra ellos y los apagó, pero el coche se le venía encima. Sólo podía hacer lo que hizo, seguir disparando y saltar velozmente hacia atrás.

El coche le pasó tan rozando que lo derribó al fango, haciéndole perder la metralleta, pasó con un sordo rugido y siguió camino, los pocos metros que faltaban hasta la puerta de la cerca. Allí chocó con una violencia especial, una especie de estallido como de cañonazo, que, sin duda iba a despertar a los que dormían en la

casa.

Alzándose, Trant corrió hacia el vehículo, sin detenerse a buscar la metralleta, pero sacando y empuñando la pistola. Después de todo, la fría lluvia era un alivio contra los múltiples dolores que sentía.

Vio surgir del coche unas llamas rápidas, voraces, azul y amarillentas, y supo que en unos minutos ardería por completo. Por suerte, no estaba lejos, y en un esfuerzo aumentó la velocidad de su carrera, chapoteando en los charcos y arroyuelos del camino. Con todo, cuando alcanzó el coche ya las llamas dominaban su parte delantera.

Pudo ver que las puertas habían sido abiertas previamente. Pero el coche fue a chocar contra uno de los pilares de piedra basáltica, muy dura, sin duda, porque él había alcanzado con sus disparos al conductor.

La conductora.

Sólo había una persona dentro del vehículo, y Trant tuvo suficiente con la primera ojeada para reconocerla.

Se hallaba caída contra el volante, con el cabello cubriéndole la cara, y manchas de sangre en la espalda, el hombro derecho..., inmóvil.

Casi inconscientemente, Trant tironeó de la portezuela, comprobando que se había agarrotado. Agachándose, cogió una gruesa piedra y golpeó el cristal, rompiéndolo.

Al mismo tiempo estalló el parabrisas, y las feroces llamas invadieron la parte delantera del coche, viniendo hacia él como ansiosas de abrasarlo.

Cerrando los ojos y soportando la nueva tortura, Trant continuó golpeando el cristal hasta dejar abierta la portezuela. Entonces se guardó la pistola y, agarrando a la muchacha desvanecida, o tal vez muerta, por los sobacos, la sacó a tirones del infierno que ya era el interior del coche. El mismo estaba ya ardiendo, pero, por suerte, la fuerte lluvia era un alivio. Se tiró al barro con la muchacha, y se revolcó salvajemente hasta apagar las llamas de su cuerpo, luego la volvió a coger y la arrastró, como pudo, jadeando, lejos del fuego.

La dejó en tierra, boca arriba. Había luz suficiente para verle la cara.

Sue tenía un balazo en el cráneo y otro en el hombro derecho, posiblemente un tercero en pleno pecho; pero no estaba muerta, le latía el corazón.

Y Trant ya no tenía más tiempo para dedicarle. De la casa llegaban ruidos inconfundibles, gritos, llamadas...

Recuperando la pistola, se apartó de la muchacha y de las llamas del coche que lo iluminaban, corriendo hacia la casa entre los árboles y arbustos del pequeño parque. Vio venir a varias sombras presurosas desde la casa, apenas silueteadas por las luces en ella encendidas, e iba a ordenarles entregarse, cuando oyó la voz excitada de Hal.

—¡Eh! ¡Acabo de encontrarme una metralleta!

—¿Qué ha sido eso?

—¡No lo sé, pero no me gusta! ¡Alguien trataba de huir, y alguien se lo ha impedido! ¡Kit, ven y toma la pistola, registraremos el jardín!

Trant retrocedió aprisa y cauteloso. Volvía a estar en inferioridad, frente a los *beatniks*.

No obstante, su cerebro ya podía funcionar al setenta y cinco por ciento de su capacidad normal. Se dio cuenta de que allí, en el parque, los *beatniks*, habituados a la intemperie, lograrían localizarle con relativa facilidad, antes de que sus camaradas llegaran a ayudarle, aunque ahora sí iban a venir aprisa, no sólo por los ruidos de disparos y su aviso, sino por la siniestra hoguera del automóvil. Su defensa estaba en la casa, que conocía mejor que ellos. Y no iban, de momento, a buscarle allí...

Retrocedió con suma habilidad. Como supuso, la puerta estaba abierta, y naturalmente iluminada desde el interior. Antes de llegar a ella, se tiró al suelo y, utilizando los métodos de guerra, entró en la casa sin ser descubierto por quienes andaban rastreándole en el jardín.

En aquel momento estalló el depósito de gasolina del automóvil, con una violenta explosión, lanzando gasolina ardiente en todas direcciones. Al poco, le llegó la voz alterada de Kit:

—¡Quien estuviera dentro, ya está frito!

—¡Busca al que disparó y perdió la metralleta! Será alguno de ellos, debe de estar herido —aulló Hal.

—¿Dónde está Sue?

—¡No lo sé!

—¡Puede que tratara de largarse con ese tipo que le gustó!

—¡Pronto lo averiguaremos!

Sin duda, los *beatniks* estaban ahora muy nerviosos. Y tenían todas las razones del mundo para ello, así como para resultar muy peligrosos. Trant retrocedió al interior de la casa, sin cometer el error de cerrar la puerta, luego se apresuró hacia la alcoba principal.

Iba chorreando, tenía embarrada la pistola. Al paso, cogió un fino paño de mesa, limpiando y secando el arma con él. De ella y su buen funcionamiento dependía su vida...

Luego, entró en la alcoba de Luther Parry. Venía preparado para todo, desde luego.

Hasta para lo que vio.

CAPÍTULO XIII

SIN lugar a dudas, Jill había debido ser torturada de modo aún más bestial que él mismo, o Parry. Ahora se encontraba atada de pies y manos a las patas del gran lecho y a las de los grandes, cómodos, butacones, con sus largos cabellos esparcidos sobre la cara cerúlea, tapándosela a medias. La crispada mueca de agonía que le retorció la boca era de una siniestra quietud...

Con la boca fuertemente apretada, Trant se arrodilló a su lado y buscó cualquier señal de vida en el pecho de la mujer. Al comprobar que aún le latía el corazón, emitió un largo suspiro de alivio...

No se entretuvo en libertarla, tenía cosas más urgentes e importantes que realizar. Aquellos cuatro habían salido a buscarlo al exterior, y no tardarían en darse cuenta de que no andaba por el parque. Le sabían, al menos le sospechaban, demasiado debilitado para lanzarse por el campo abierto bajo la lluvia en demanda de la, que debían pensar, muy problemática ayuda que alguien pudiera prestarle, pensarían que se había ocultado con intenciones de, si podía, apoderarse del coche de Parry o incluso del que les trajo a ellos. Volverían a la casa a buscarlo como perros rabiosos, empujados por el miedo, para rematarlo...

Salió de aquella alcoba con paso cauteloso y alerta al menor ruido, conteniendo con fuerza sus propios espasmódicos resuellos. Poco a poco, le iban volviendo las fuerzas, pero sólo contaba con su pistola, estaba aún demasiado lastimado para enfrentarse a aquellos cuatro, con visos de éxito. ¿Por qué no vendrían de una vez sus compañeros a ayudarle? ¿Acaso no oyeron su llamada, no habían

visto el incendio del automóvil, oído el ruido del choque? Ya deberían de haber llegado...

De pronto, escuchó, abajo, el ruido de alguien que entraba, cauteloso.

Eran los cuatro. Cobardes y abyectos en su ferocidad, sólo Hal tenía algo así como energía viril, aumentada al verse dueño de una metralleta. Kit, con la pistola, también era peligroso. Pero Gene, muy afectado por su herida, y Vinnie, sólo contaban con sus navajas, estaban nerviosos y asustados.

Habían registrado el parque bajo la lluvia y la oscuridad, descubriendo a Sue, a quien creyeron muerta, pero sólo sabían que «alguien» estaba libre y cerca, tal vez armado, aunque tal vez no, y que aquel «alguien» representaba para ellos un peligro mortal, si conseguía escaparse y dar aviso a la policía. Por eso se juntaron y retornaron a la casa. Estaban casi desnudos, y así no podían realizar una buena caza, tenían frío.

—Hay que vestirse enseguida —gruñó Hal. Su cara, alumbrada de costado, tenía un aspecto más brutal que nunca. Los demás no le iban a la zaga, presentaban un algo de infrahumano, retrotraído a los primeros tiempos de la especie—. Luego, saldremos a perseguirles.

—¿Qué piensas ha podido pasar? —jadeó Vinnie, limitándose el agua de la cara. Como todos, estaba aún, de lleno, bajo los efectos de su orgía.

—Esa perra sucia de Sue nos traicionó. Por eso quiso quedarse sola con el tipo casado con la mujer, esperó a que nos durmiéramos, y compró, sin duda, su seguridad personal, ayudándoles a escaparse.

—Pero si lo hicieron, y tenían una metralleta, ¿por qué no nos atacaron para liberar a la mujer de él?

—Olvidas que estaban muy maltratados, y que Sue quizá quiso asegurarse.

—Yo creo que no fue así. Se debía irse con uno, el dueño de la casa. El otro era un gallina, ya lo visteis...

—Dejadlo estar. Cuando les atrapemos, sabremos qué pasó. Hay que cogerles antes de que puedan avisar a la policía, o podemos prepararnos para la cámara de gas.

Estaban por mitad furiosos y asustados, repletos de maldad, alcohol y miedo. Cogieron apresuradamente sus ropas y se las pusieron con no menos premura, todos excepto Hal, que, demostrando una vez más su superioridad, aguardó, metralleta en mano y vigilante.

Él fue quien, precisamente, advirtió lo que ninguno de los otros notara en su nerviosismo; las huellas inevitablemente dejadas por Trant al entrar, empapado y embarrado.

—¡Chsst! —avisó. Y todos quedaron rígidos, mirándole. Luego, siguieron su indicación, y advirtieron las húmedas señales en el piso.

Estaban habituados a entenderse por señas, y así lo hicieron. Kit recogió, veloz, la pistola que dejara sobre una silla. Gene se quedó a medio movimiento, indeciso. Vinnie buscó, veloz, su navaja...

Con gestos, imperioso, Hal les indicó que los pasos de Trant iban hacia la alcoba grande. Le entendieron y mientras él seguido por Vinnie, iba hacia allí, Kit con Gene se encaminaron sigilosamente a coger a su enemigo por la espalda, o sea, por el cuarto de baño que comunicaba con otra habitación.

Trant estaba precisamente en aquel lugar, pero un poco más arriba, agazapado en el descansillo de la escalera que conducía al estudio, y casi oculto por un macetón con plantas verdes muy frondosas. Había pensado sorprenderles y obligarles a soltar las armas, pero ahora no había caso. Contuvo el aliento, pegándose a la pared, apretando la pistola...

Los dos *beatniks* iban muy alerta, aunque no hubiera apenas iluminación en aquel punto de la casa, su mismo estado de vivo recelo, sus hábitos de merodeadores, fueron suficientes. Gene puso un pie de pronto sobre un lugar demasiado húmedo, y se atirantó, alzando la mirada hacia la escalera. Bastó para que Kit se detuviera.

—¡Está por aquí!

Ya Kit había descubierto la sombra de Trant. Alzó la mano armada...

Trant se le anticipó, apretando el gatillo.

El disparo repercutió con violencia contra las paredes, y pareció expandirse por toda la casa. Le hizo eco el grito agónico de Kit, alcanzado de lleno en el ojo derecho.

El *beatnik*, mortalmente herido, cayó aparatosamente hacia atrás, soltando la pistola, mientras Gene, a su vez, lanzaba hacia arriba su navaja automática y se tiraba al suelo, buscando amparo y gritando a voz en cuello:

—¡Hal, aquí, corre!

Trant nunca disparaba sobre un hombre herido y desarmado, siquiera fuese una rata maligna y venenosa. Dejó que Gene reptara en busca de cobijo, y a su vez corrió escaleras arriba, hacia el estudio.

Abajo, Hal y Vinnie ya venían a la carrera. Llegaron junto a Gene, que permanecía acurrucado, y les avisó:

—¡Va al estudio! ¡Le dio a Kit!

En dos saltos, Hal llegó al pie de la escalera, a tiempo de ver al agente secreto saltando al último escalón. Alzando la metralleta le envió una ráfaga de proyectiles, que golpearon como abejas furiosas las paredes, sacando estuco y esquirlas a escasos centímetros de Trant, el cual apenas si tuvo opción a meterse de cabeza en el estudio, aún iluminado por las lámparas de pie. Una vez allí, giró en tierra y, sacando la mano únicamente, disparó dos veces hacia abajo.

No esperaba darle a nadie, pero sí ganar tiempo. Y lo ganó. Hal retrocedió, poniéndose a cubierto, y volvió junto a sus compinches. Una ojeada al descoyuntado cuerpo de Kit le bastó.

—Ese tipo tiene buena puntería —gruñó, nervioso—. Gene, coge la pistola.

Mientras Gene le obedecía, Vinnie gruñó, histérica:

—¿Qué vamos a hacer?

—Matarlo. O él, o nosotros. Luego, liquidaremos a su mujer, y saldremos a buscar al otro. No podemos dejar testigos.

—Pero...

—No hay peros. La traición de Sue ha desbaratado todos nuestros planes. ¿O queréis acabar en la cámara de gas?

Ni Vinnie ni Gene tenían tal deseo. Pero sólo eran dos ratas cobardes.

—No vamos a subir a pecho descubierto... Acabará con nosotros...

—Quedaos aquí. Tú le disparas un par de balas para demostrar

que estamos alerta. Mientras, saldré y trataré de llegar ahí arriba, creo que hallaré el modo...

Lo mismo esperaba Trant. De ahí que ahora estuviera junto al ventanal.

El estudio hallábase separado del cuerpo de la casa, emergiendo como una proyección audaz sobre el vacío, sin más apoyo que sólidas vigas en escuadra. La única vía de llegada allí era la escalera. Pero un hombre ágil podía subir hasta el reborde externo de la construcción..., si tenía nervios de acero, calma y suerte. Que Hal los tuviera había que asegurarlo. Y el problema consistía en saber cuánto iban a tardar los agentes secretos, caso de haber recibido su mensaje, en llegar allí. Si no lo recibieron....

Comprobó que sólo le quedaban cuatro proyectiles en el cargador. No había cogido uno de repuesto porque contaba con la metralleta, pero ahora la metralleta estaba en poder de Hal...

Pegándose al borde del amplio ventanal, intentó atisbar abajo para descubrir al *beatnik* cuando apareciera. Calculaban que el herido en el hombro y la mozuela permanecerían al pie de la escalera, sin intentar nada. No eran muy inteligentes aquellos jóvenes torturadores y asesinos...

Hal no lo era, pero sí astuto; y se daba cuenta del dramático giro de la situación, así que abandonó a sus compinches, pensando un plan canalla.

Puesto que todo se había estropeado, sería estúpido cargar en la fuga con aquel gallina de Gene, malherido, y con Vinnie, que nada valía. Muertos la maldita traidora de Sue —debió sospechar de ella, nunca fue realmente una de la banda, ni siquiera conocían su pasado— y Kit, lo prudente era liquidar al tipo refugiado en el estudio y a su esposa. —Hal estaba curiosamente convencido de la identidad del hombre al que quería matar—. Darles rápidamente lo suyo a Vinnie y a Gene, recoger lo que hubiera de valor en la casa, llevar a Gene, o a Kit, al auto incendiado, meterlo dentro, rociarlo bien con gasolina tomada del garaje, prenderle fuego y dejar que se consumiera. Después, alejarse a toda prisa de allí, con el viejo cacharro que les trajo, tirarlo al mar en un sitio adecuado, cambiarse de ropas, cobrar una apariencia normal, y tomar el primer autobús, o coche particular, posible, alejándose de aquella zona. Cuando el otro tipo que, sin duda, fue a pedir ayuda

regresara con los policías, iban a hallar sólo un montón de cadáveres y a faltar uno..., que imaginarían era Kit. Eso le daría a él tiempo para escabullirse y desaparecer de la circulación...

En aquello iba pensando Hal cuando salió de la casa, listo para tratar de asesinar al hombre que tenían atrapado en lo alto del edificio. Empuñaba la metralleta y la luz interior, aunque escasa, lo silueteó al salir.

En aquel momento, una voz autoritaria emergió de la negrura batida por el viento y la llovizna:

—¡Tira ese arma y alza las manos!

Sobresaltado, viendo súbitamente rotos sus planes, Hal reaccionó al estilo de los jóvenes salvajes, los muchachos perdidos, los parias violentos y desesperados que no retroceden ante nada. El suyo fue un gesto rabioso, insensato, suicida.

Apuntó a donde sonara la voz, y disparó una corta ráfaga.

En el mismo instante, el parque, apenas alumbrado por el resplandor del incendio del automóvil que iba apagándose despacio bajo la lluvia, estalló en crepitar de disparos y relámpagos cárdenos. De al menos cinco lugares distintos llegaron proyectiles a clavarse en el cuerpo del *beatnik*, zarandeándolo espantosamente antes de arrojarlo contra la puerta y, de allí, al suelo como un pelele descoyuntado.

Quedó acurrucado, siniestramente inmóvil, mientras la sangre le brotaba de una docena larga de heridas, varias de ellas mortales.

Y aquél fue su fin.

CAPÍTULO XIV

TRANT escuchó los disparos, y comprendió de inmediato su significado. Rápido, atravesó el estudio y salió al rellano superior, pistola en mano.

Allí abajo, Gene y Vinnie habían escuchado también el brusco, breve, tiroteo. Quedaron paralizados de espanto, incapaces de reaccionar, y aún estaban así cuando Trant les conminó, desde arriba:

—¡Tirad las armas! ¡Policía!

Vacilaron. Gene había sido cogido a contrapié, y no era ningún héroe, tampoco Vinnie, desde luego. Por sus turbios cerebros debieron pasar los pros y contras de la situación. Resistir significaba muerte inmediata, rendirse daba una esperanza de vida...

—¡No dispare, me rindo! —chilló el *beatnik*, tirando al suelo el arma que fuera de Clever y alzando la mano sana. Vinnie le imitó, a toda velocidad.

Trant inició despacio la bajada. De repente, al saberse al borde del éxito, se daba cuenta de su enorme agotamiento físico. Así, se quedó con la espalda contra la pared, vigilando a aquel par de ratas abyectas, que ahora temblaban de pánico, tras haber gozado al máximo en una orgía indescriptible.

Allí fuera, un grupo de hombres armados, cubiertos con impermeables oscuros, que les dejaban plena libertad de movimientos, avanzaron veloces a la casa, pasaron sobre el cadáver de Hal, y entraron con violencia. Al oírles llegar, Trant les llamó:

—¡Aquí, aprisa! ¡Tengo a dos bajo mi pistola!

Los agentes secretos llegaron casi en bloque, y se detuvieron en seco al contemplar la escena. Gene y Vinnie temblaban ahora como azogados, reducidos a su verdadero estado de abyección. Trant inició la bajada, mientras un hombre de cabellos grises y rostro aguileño venía hacia él.

—¡Trant! ¿Cómo está?

—Deshecho, pero vivo. Hola, Gimble... Llegaron a tiempo...

—Al principio, no podíamos creer lo que usted transmitió. Sonaba a trampa y vacilamos, pero cuando descubrimos el incendio, y los aparatos registraron el ruido del choque y los disparos de metralleta, nos decidimos a venir. ¿Qué ha sucedido aquí?

—Algo difícil de contar y creer... Hay una mujer salvajemente torturada en la alcoba grande que da al living, y yo mismo he sufrido torturas.

—Ya lo veo...

—Pues no tenemos tiempo que perder.

Tambaleándose, Trant condujo a los otros agentes secretos al living, mientras un par de ellos se hacían cargo de los ahora muy abatidos *beatniks* supervivientes.

—Hay otra muchacha malherida, cerca del coche que se incendió...

—Ya la descubrimos. Uno de nosotros quedó con ella, está en camino una ambu... ¡Santo Dios! ¿Qué le han hecho a esta mujer?

El jefe de aquel «comando» de agentes secretos especiales se había detenido en seco y contemplaba, incrédulo, aterrado e indignado a Jill. A su espalda, otros agentes lo hicieron con idénticos sentimientos.

—Muchas cosas que luego contaré —gruñó Trant—. Ahora, vámonos. ¿Cuántos han venido?

—Ocho. Y están al llegar otros tantos, con el coche de mando.

—Sígame con dos, los otros que la liberen. ¿Qué hora es?

—Las cinco y veinte. ¿Por qué...? ¿Es verdad que descubrió...?

—Dentro de diez minutos llegará el alijo. Hay que apurarse.

Cuando los agentes secretos descubrieron el truco de la taza del retrete, emitieron sendas interjecciones, mezcladas de admiración y malhumor.

—Y pensar que dos veces entré aquí, sin imaginarme nada como esto...

—Han sido muy hábiles y astutos. Vamos.

Luther Parry continuaba atado, pero había recuperado el conocimiento y estaba contra la puerta del ascensor, pugnando por alzarse, abrirlo y entrar en él. Casi lo había conseguido cuando llegaron los agentes secretos, y miró a su viejo amigo con rencor, pero con abatimiento también.

—Maldito...

—Lo siento, Luther, pero así es el juego. Soy agente secreto del Gobierno. Sáquele usted arriba. Vamos nosotros, Gimble.

Sólo tres hombres cabían en el pequeño y silencioso ascensor. No hablaron mientras descendían, y al llegar a la caverna submarina, Gimble emitió otra interjección.

—De modo que era esto...

—Y por eso no lográbamos localizarles. Deben acercarse a la costa en algún barco carguero, y lanzar un bote al agua, con buceadores expertos, que transportan el género. La caverna tiene salida al mar, penetran por ella... ¡Un momento!

En el silencio profundo de la cueva, había sonado un zumbido corto y claro, procedente del transmisor de señales. Los agentes miraron allí, Trant se llegó lo más aprisa que pudo, y descubrió una lucecilla roja. Rápido, conectó la palanquita aledaña.

La voz sonó clara, casi nítida:

—¿Todo va bien?

Trant imitó la voz de Parry lo mejor posible.

—Sí. Pero no hablemos, hay agentes al acecho muy cerca de la casa.

—Percibimos un resplandor como de fuego...

—Un automóvil chocó y se incendió delante de la casa. La policía está arriba, Jill y Clever les atienden. Es muy peligroso que sigamos comunicando. ¿Salieron ya?

—Ya deben estar ahí. Su voz no suena igual...

—Estoy afónico y excitado, compréndanlo. No puedo atreverme a subir ahora, hasta que pase el riesgo. Corten, por favor...

—De acuerdo. En cuanto suba la caja, comunique. Tenemos que alejarnos a toda máquina, antes de que amanezca.

Se cortó la comunicación. Trant se volvió hacia los otros. Luego, miró hacia abajo...

Una simple cabria y un delgado cable de acero a ella enrollado. La cabria estaba al pie del armario de la microemisora, a corta distancia del motor que conectaba con el ascensor..., y conectada con él, el cable se hundía en el agua negra y quieta, a pleno, tras pasar por una barra de acero y una polea clavadas en el techo de la caverna. Y luego aquel bichero...

Tres zumbidos metálicos surgieron del microemisor. Sólo tres zumbidos. Luego, un silencio de casi un minuto de duración. Y se repitieron los zumbidos.

—¿Qué significará eso?

—Yo ya lo sé.

Trant había tenido una súbita corazonada. Inclínándose, conectó el enchufe de la cabria al motor.

Con un sordo zumbido, el cable comenzó a enrollarse en la cabria. Los agentes secretos esperaron, con sus armas listas...

Pero lo que salió al final, sujeto a un gancho de acero, no fue lo que esperaban..., salvo Trant. Este respiró hondo y dijo:

—Aquí está.

—Pero...

—Suba aprisa y trate de comunicarse con la defensa costera. Que intenten localizar un barco, o submarino, a distancia no mayor de cuatro a cinco millas de este punto. Que envíen helicópteros con cargas de profundidad listas para ser disparadas. Ya me entiende, ¿verdad?

Gimble hizo un gesto de asentimiento, y corrió al ascensor, metiéndose en él y subiendo a la casa. Con desmayado acento, pero sintiendo un íntimo bienestar, Rich Trant le ordenó a su otro compañero:

—Paisley, encárguese de atraer esa caja con el bichero, estoy demasiado agotado para servirle de ayuda.

—No importa —dijo el otro agente, con una sonrisa, mientras iba a tomar el bichero—. Usted ya hizo su tarea, y ciertamente bien...

Poco después, ellos y la caja de duraluminio estaban en el living de la casa. Gimble y un par de agentes secretos, poderosamente

armados, se encontraban con ellos, también el abatido Luther Parry, el cual, sentado, mantenía un silencio hosco. Se habían llevado a Gene y a Vinnie, acababan de sacar a Jill, aún sin sentidos, de la casa para trasladarla a la ambulancia, que ya había recogido a Sue.

—El Mando Costero ha dado la alarma, y se está rastreando con radar y «sonar» un arco de diez millas alrededor de esta casa —dijo Gimble—. Han despegado dos aviones provistos de aparatos de localización, y una escuadrilla de helicópteros de ataque antisubmarino, también han salido lanchas rápidas que en media hora cubrirán la zona. Nos han hecho trabajar mucho durante largo tiempo, pero ahora tendrán que tener mucha suerte para escapar.

—No creo que lo logren, ¿eh, Luther?

Parry no abrió la boca, limitándose a mirar hoscamente a su antiguo camarada de armas. Se sabía atrapado, estaba física y moralmente deshecho por la tortura sufrida. Trant le conocía bien, e insistió:

—Tómalo con calma, muchacho. Durante más de dos años nos habéis llevado de cabeza, pero eso ya acabó. Te consta que esta noche también te he salvado la vida; a no haber estado yo aquí, esos perros locos os habrían asesinado a ti y a Jill como mataron a Clever. ¿Por qué no reflexionas? Tienes por delante una condena a cadena perpetua, lo sabes, pero si decides colaborar con nosotros, se te tendrá en cuenta, y podrás salir bastante bien librado.

El compositor de música pop pareció rumiar sus palabras. Los agentes esperaban, atentos, su reacción.

—¿Quién me garantiza que vale la pena? Eres un maldito traidor...

—¿Tú crees, amigo? Soy un agente del Gobierno, sirvo a nuestra patria. Tú, en cambio, llevas años trabajando para una potencia extranjera en la destrucción de tu propio país, de tus compatriotas, de nuestra economía... Sí, ya sé, ideales superiores, conozco el cuento. Bien, llegó la hora de pagar, tú verás.

Hubo otra breve pausa. Pero ya Parry estaba vencido.

—Si no hubiera sido por esos malditos asesinos salvajes...

—Eso es verdad. A no ser por ellos, habríais repetido la faena en nuestras propias narices, igual que antes docenas de veces. Sólo que ellos llegaron y lo pusieron todo patas arriba... Ahora, dinos cómo

llegan abajo, a la cueva.

—Con un submarino de bolsillo...

CAPÍTULO XV

LA vida de un agente secreto es riesgo y lucha, él lo sabe y no toma demasiado a pecho lo que le sucede, cumple con su deber, cura sus heridas y vuelve a la brecha sin hacer alharacas.

Rich Trant curó las suyas, obtuvo un bien merecido permiso, y lo disfrutó debidamente. Se fue a pescar a un lugar tranquilo, donde no llegaban los periódicos ni la televisión.

De todos modos, conocía los resultados de su trabajo. Gracias a las declaraciones de Parry, se pudo efectuar una redada rapidísima, que hizo caer en manos del Servicio Secreto y el FBI a la mayoría de los «peces gordos» de la banda, así como apoderarse de una importante cantidad de pruebas para juzgarles y condenarlos. Otros consiguieron escabullirse en el último instante, y alguno se suicidó. Pero la vasta y peligrosa red de gentes —que no agentes— fanáticas y además bien pagadas fue por completo desarticulada. Tomaría mucho tiempo antes de que otra así pudiera organizarse, y actuar con la misma efectividad. Muchos años...

Helicópteros y lanchas rápidas de la defensa costera habían atrapado aún en aguas jurisdiccionales norteamericanas al barco que habitualmente transportaba el peligroso contrabando, así como al submarino de bolsillo.

No hubo un caso «Pueblo», al revés, porque a ninguno de los bandos le interesaba. Una serie de individuos fueron transportados a tierra firme, así como el minisubmarino, pero el barco, con su tripulación normal, quedó libre de regresar, con la noticia del fracaso.

Prácticamente, tampoco hubo información para el gran público.

Era demasiado explosivo. El país supo que sus agentes de represión del contrabando habían desarticulado una importante organización internacional, capturando una considerable cantidad de drogas, y eso fue todo. La seguridad nacional, por una vez, pareció superar al olfato profesional de los periodistas.

Los sucesos de la casa de la Thorne fueron presentados al gran público como otra de tantas «hazañas» de los *beatniks*; y el gran público así lo aceptó, devorando detalles morbosos, ampliamente reseñados por su Prensa. Pero pronto ocurrió que un tipo loco asesinó a diecinueve solteronas reunidas en una especie de «Congreso para promocionar los derechos de la mujer soltera» o algo así. Las diecinueve, según se supo, tenían entre los temas de su congreso el de averiguar la cantidad de alcohol que una solterona puede ingerir para considerarse razonablemente embriagada y, por tanto, incapaz de controlar sus emociones, y el de descubrir hasta qué punto una mujer razonablemente embriagada puede vulnerar a fondo el sexto mandamiento con un gallardo desconocido. Los gallardos desconocidos, por lo visto, exigían dinero contante y sonante para prestarse a tales experimentos sociológicos, y eso vejaba, cosa lógica, la dignidad de las solteronas.

El tipo aquél era uno de tantos «experimentadores», y se le ocurrió experimentar con ellas cierto poderoso insecticida, mezclado con cianuro de la mejor calidad.

Lo mezcló con las bebidas de las diecinueve, y el resultado puede suponerse.

También por aquellos días, un influyente personaje en el ámbito nacional tuvo la desgracia de que, en el transcurso de una fiestecita privada, se incendiara el lujoso yate donde la celebraba. Fue doble la desgracia porque en el primer barco que acudió a salvarles retornaba de sus vacaciones un no menos famoso periodista gráfico militante en el partido político opuesto, aparte de algunas otras personas, que sintieron asombro y regodeo al descubrir, en paños menores y presos de ja lógica excitación histérica, al importante prohombre y a una joven y agraciada dama, que no era su esposa, sino justamente la hermana menor de su esposa, la cual, por cierto, se encontraba, ignorantísima de todo, presidiendo una convención nacional para el saneamiento y la regeneración de la familia americana. Naturalmente, no hubo forma de evitar que la noticia,

con ciertas clarísimas fotografías, fuese a parar a las redacciones de poderosas empresas periodísticas, las cuales habían pagado suculentas cantidades por ellas. Y el buen público americano tuviera más oportunidades para distraer sus ocios, conociendo intimidades de la vida privada de sus dirigentes.

Eso relegó al olvido más pronto de lo habitual al «caso» de la casa de los acantilados. Ni siquiera el ya semiolvidado nombre de la Thorne pudo sostenerlo más de ocho días en la primera página.

Jill, convenientemente curada de sus múltiples lesiones, a causa de haber sufrido un shock fortísimo, quedó con sus facultades mentales algo trastornadas, y eso la libró de ir a la cárcel por complicidad en un atentado contra la seguridad del Estado, yendo a parar, para su tratamiento, a un establecimiento especial. Luther Parry, convicto y confeso, se benefició de sus delaciones, pero él mismo solicitó permanecer en una celda mientras se sustanciaba su proceso. No se fiaba poco ni mucho de sus antiguos camaradas...

Gene y Vinnie pasaron a donde debían pasar. Aquel par de ratas valían muy poco en todos los sentidos, naturalmente cargaron sobre los muertos y sobre Sue la culpa de todo lo ocurrido; pero Rich Trant dismanteló ferozmente sus aseveraciones, y no les dio cuartel.

Ni siquiera él, Rich Trant, sabía realmente por qué actuó como lo hizo; ésa era una cosa que le tenía muy preocupado. Todo comenzó cuando conoció las verdaderas identidad e historia de Sue.

—Se llama realmente, Norma Corliss, y es hija de un respetable y acaudalado matrimonio, residente en Fairplay, al sur de California; tiene dos hermanos mayores y otros tantos más pequeños. Hace dos años largos fue asaltada a traición y violentada por un antiguo vecino, amigo íntimo de la familia, al que ella trataba y consideraba como a un segundo padre. El hecho le provocó un gran trauma psíquico, y hubo que internarla en un establecimiento especializado. Desgraciadamente, allí tropezó con una doctora desviada y un médico, enamorado de ella, que era el director del establecimiento, y le permitía demasiado. La muchacha Corliss recayó, parece ser que sufrió un tratamiento delictuoso de tipo sádico, y un día huyó del establecimiento, tras apuñalar a la doctora, aunque sin matarla. Debió vagabundear durante los

últimos meses...

Era una enferma mental, pura y simplemente. Había tenido un novio, joven y guapo, llamado Gary, que murió en el Vietnam, conoció la noticia poco antes de su terrible experiencia con el vecino. Era más que suficiente para trastornarse. Todo se explicaba ahora con nitidez...

Por eso Rich Trant había escrito en su informe que la muchacha le había ayudado a escapar y que, cuando trataban de hacerlo, les dispararon con la metralleta. Insistió en ello clara y concretamente ante los dos *beatniks* supervivientes, pasándole adrede a Vinnie buena parte de lo que Sue le hiciera en el living, y sin el menor remordimiento. Era su palabra contra las de aquel par de ratas, coincidía con los hechos probados, no había, de cerca ni de lejos, razones para imaginarse que él quisiera disculpar a la muchacha descarriada y anormal.

Además, Sue, o Norma Corliss, estaba en un hospital entre la vida y la muerte, con un balazo en el cráneo, otro en el hombro y otro en pleno pecho. Él le había metido aquellas balas en el cuerpo, de modo que estaban a la par...

De cualquier modo, Trant no había querido volver a verla. Y cuando terminó su permiso, pasó a reintegrarse de nuevo a sus tareas.

Pasó el tiempo. Mucho tiempo...

Llovía y hacía frío aquella tarde del comienzo de la primavera cuando Rich Trant, recién llegado a su pequeño apartamento, fumaba y bebía con una mezcla de cansancio, aburrimiento y tristeza que antes no sentía jamás. Había terminado recientemente otra misión, en el Oriente Medio, y disponía de dos semanas de descanso. De ellas había malgastado ya tres días, sin ninguna alegría.

Repasó otra vez mentalmente a las personas que podían ayudarle a divertirse, y fue desechándolas, una por una. No tenía parientes próximos, un agente secreto no tiene verdaderos amigos, de éstos a los que se puede buscar en cualquier momento. Mujeres...

Tenía que confesarlo, llevaba más de dos años dando bandazos en ése sentido, y existía una única razón. Una razón absurda, casi podía decirse que aberrante. No podía olvidar a una muchacha de desdoblada personalidad, ahora sin duda, recluida en un sanatorio

para enfermos mentales, tal vez para toda su existencia...

Hacía tiempo que lo sabía, pero tener que admitirlo le resultaba agobiante, cruel.

La llamada en la puerta apenas si le sacó de su atonía. Estaba en mangas de camisa, y no soltó el vaso ni el cigarrillo para abrir.

Por poco si se le caen de las manos, al reconocer a su inesperado visitante.

—¿Tú?

Sue, o mejor dicho, Norma Corliss, estaba guapísima con su excelente impermeable reversible y la boina de paño rojo con que se tocaba airoosamente. También traía un paraguas coquetón, de estilo europeo, en las manos. Era ella, sí...

Y no lo era. Había madurado, de sus ojos desapareció aquella mirada cruel, y más bien le recordó a la tímida ensoñadora que por unos minutos ella dejó entrever, creyéndole desvanecido. Pero tampoco era eso, tampoco...

—Veo que le he sorprendido. ¿Puedo entrar?

Rich Trant estaba bastante más que sorprendido. Se hizo a un lado, preguntándose cómo demonios ella estaba libre, quién le dijo que él residía allí y acababa de regresar al país, a qué vendría...

Norma Corliss se detuvo en mitad del cuarto, y lo recorrió con lenta ojeada, mientras tiraba a la butaca el paraguas, se quitaba la boina, enviándola al mismo sitio, y procedía a desatarse el cinturón del impermeable. Calzaba altas botas color sangre de toro, de fina piel. De golpe y porrazo, a la memoria del agente secreto volvieron escenas difícilmente olvidables, y que le secaron las fauces.

—De modo que ésta es su cueva... —la voz de ella también había cambiado; era cálida, dulce, serena—. Me gusta.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido...?

Ella le miró de frente. Parecía sonreír, pero sus bellos ojos estaban repletos de seriedad. Y de algo más, que puso un súbito nudo en la garganta del agente secreto. Mientras hablaba, se despojó del impermeable reversible. Vestía una discreta minifalda, un jersey de lana virgen, que resaltaba su bello busto, y un *foulard*, de colores vivos, con un ancho cinturón de hebilla áurea. Estaba guapísima.

—Estoy en libertad condicional —declaró—. Gracias a usted.

—Ah... —Trant apuró el contenido de su vaso, y fue a llenárselo de nuevo, porque ahora lo necesitaba—. Vaya, me alegro...

—Más bien parece que haya visto a un resucitado. Y en cierto modo, es así. Supongo que conoce ya mi verdadera historia..., y todo lo que ha estado sucediendo conmigo.

El denegó, mirándola de reojo. Sintiendo de lleno todo el influjo de su fresca belleza.

—Lo primero, sí, pero no lo segundo. Estuve fuera del país, desde hace casi dos años.

Era una mentira, pero ella no tenía razones para saberlo.

—Entonces, se lo explicaré. Uno de los proyectiles que me disparó, el de la cabeza, me procuró una amnesia parcial.

—No me digas...

—Ya sé que suena a truco, pero es la pura verdad. Recuerdo mi pasado; mis padres, hermanos y amigos de siempre me han ayudado a reconstruirlo durante estos dieciocho meses últimos. También tengo un recuerdo vago y deformado de haber pasado por una especie de infernal pesadilla, que al parecer corresponde a todo el tiempo transcurrido desde que recibí la noticia de la muerte de Gary en el Vietnam hasta los acontecimientos de aquella noche en la casa de los acantilados. Se me ha explicado todo lo que sucedió aquella noche en aquella casa, de acuerdo con la versión que dio usted. Como el haberle ayudado a escapar, mi estado mental anterior y mi amnesia actual me han convertido en algo así como irresponsable de todo aquello, he sido puesta, como le dije, en libertad condicional, bajo la tutela de mis padres, puesto que legalmente no soy considerada mayor de edad.

Así que era aquello... Rich Trant no sabía si sentirlo o alegrarse, pero la verdad era que no lo sentía ni pizca, y sí se alegraba más de lo razonable. Bebió de nuevo y gruñó:

—¿Por qué has venido? No pretenderás que te aclare lo ocurrido...

—No me interesa, no quiero saberlo —ella se le fue acercando despacio. Y lo que había en sus ojos sobresaltó de repente a Trant—. He venido porque necesitaba verle, hablarle, a solas. Para darle las gracias.

—No me debes nada...

—Sé que le debo mucho. Son como ráfagas de claridad en la bruma que llena mi cerebro, tocante a lo ocurrido aquella noche, y además me lo dice algo aquí dentro —se tocó con una mano el pecho, sobre el corazón, un ademán suave, sencillo, que aplastó a Trant—. Pero se trata de otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Nos hemos ido a vivir muy lejos, al Este. Estoy legalmente incapacitada para decidir mi propia vida, mi futuro. No tengo quien me ayude a encontrar mi camino, señor Trant. Por eso he venido.

Ya la tenía cara a cara. Y Trant supo qué venía a buscar. Ahora sí se asustó de veras.

—Oye, yo... Tienes a tus padres, tu familia...

—Déjeme terminar. Ocurre que soy como si dijéramos una recién nacida, pero también que tengo un ingrato pasado. Sólo existe en el mundo una persona que me puede ayudar, porque me colocó en esta situación, y además mintió deliberadamente para salvarme de la cárcel.

Trant respingó y se quedó mirándola fijamente.

—¡Tú no sufres amnesia...!

—Parcial. —Norma Corliss alzó ambas manos, y las aferró en su camisa, con un gesto nervioso, muy femenino, sujetándole la mirada al ahora rígido y aturdido agente secreto—. Te juro que es verdad. He olvidado casi por completo el montón de cosas sucias y horribles de mi pasado, sé que estuve loca durante un tiempo, y que los proyectiles que me disparaste me han hecho un inmenso favor, al sacarme del cuerpo la mala sangre, y cerrar en mi cerebro unas puertas que no deseo abrir. Pero pude leer lo que dijeron aquellos dos que fueron mis compañeros, Gene y Vinnie, lo que tú les retrucaste..., y tengo una idea de lo que entre nosotros dos sucedió. Debió ser horrible, odioso, ¿verdad?

Incapaz de hablar, Trant asintió en parte, con un gesto expresivo. Ella suspiró, pero no le soltó.

—Por eso he venido a buscarte. Todos estos meses, desde que recuperé la consciencia, he pensado en ti, has estado dentro de mí, Rich Trant. Necesito tu perdón y tu ayuda. ¿Me los vas a negar? Hay algo en tus ojos que me dice no te soy del todo indiferente...

Rich Trant era un agente secreto. También un hombre. Antes hombre que agente secreto. De repente, supo por qué había mentido en su informe y posteriores declaraciones ante el tribunal, por qué se sentía tan deprimido desde entonces, y nunca podía arrojar a aquella muchacha de su imaginación. Norma Corliss, veintiún años recién cumplidos, amnesia parcial, tres balazos gravísimos que él le disparó...

¿Acaso no era una cuenta saldada? Pues entonces, borrón y cuenta nueva.

—No sé si estoy loco, Norma Corliss. Pero sí sé que no voy a poder dejarte ya marchar...

Borrón y cuenta nueva. Y también, un hombre y una mujer abriendo un hermoso camino repleto de hermosas perspectivas.

Incluso un agente secreto, ¿qué más podía desear?

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España